

SARMIENTO

FEBRERO 15 DE 1811—SETIEMBRE 11 DE 1888

DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN LA INHUMACION DE SUS RESTOS,
EL 21 DE SETIEMBRE DE 1888

Edicion hecha por órden del Consejo Nacional de Educacion y bajo el cuidado
de la Asociacion de la Prensa

BUENOS AIRES

Imprenta M. BIEDMA, calle Bolivar 535 (nuevo)

1889

CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

ACUERDO

Setiembre 13 de 1888.

El Consejo Nacional de Educacion, en sesion extraordinaria, especialmente convocada con motivo de la triste noticia del fallecimiento del general D. Domingo F. Sarmiento, ex-presidente de la República, á fin de dictar las medidas tendentes á honrar la memoria del ilustre ciudadano, distinguido publicista, eminente educacionista y primer presidente del Consejo Nacional de Educacion, ha resuelto :

1º Que en el dia de mañana permanezcan cerradas las escuelas públicas de la capital en señal de duelo, invitando á igual demostracion á todos los demás establecimientos de enseñanza, públicos y privados.

2º Que en el dia que lleguen los restos mortales del general Sarmiento, todos los niños de las escuelas de la capital concurren á recibirlos, debiendo formar dos hileras, desde el muelle hasta el cemen-

terio, é invitando á los padres de familia para que cada niño deposite un pequeño ramo de flores sobre la tumba del ilustre educacionista, desfilando respetuosamente delante de ella. Quedan encargados los inspectores técnicos para tomar, de acuerdo con los C. E. de D., las medidas necesarias.

3° Que el Consejo Nacional de Educacion concorra en corporacion á la inhumacion de los restos del esclarecido ciudadano.

4° Que se mande hacer el retrato al oleo del señor general Sarmiento, para colocarlo en el salon de sesiones del Consejo.

5° Poner el nombre de Escuela Sarmiento á la escuela graduada situada en la calle del Callao.

6° Repartir oportunamente á los niños de las escuelas públicas un pequeño libro conteniendo los discursos que se pronuncien en el acto de la inhumacion.

BENJAMIN ZORRILLA.

Presidente.

*Federico de la Barra—Benjamin
Posse—Cárlos Guido y Spano
—Félix Martin y Herrera.*

Julio A. Garcia,

Secretario.

DISCURSOS



Sr. Juan G. Gonzalez

PRESIDENTE DE LA COMISION POPULAR PARAGUAYA

Señores:

La comision popular del Paraguay, encargada de tributar al esclarecido ciudadano argentino D. Domingo Faustino Sarmiento, los honores dignos de sus altos méritos, nos ha conferido la elevada mision de acompañar sus restos hasta la capital argentina, como un homenaje de admiracion y de cariño á la memoria de tan eminente republico.

Cumpliendo, pues, ese sagrado deber, depositamos en vuestras manos estos despojos queridos, restituyéndolos así á su noble patria, al magnánimo pueblo en donde recibió las primeras impresiones, que más tarde se habían de convertir en destellos de civilizacion y de progreso para todo el continente sud-americano.

El Paraguay hubiera deseado ardientemente, señores, tener la insigne honra de conservar tan preciosas y venerables reliquias, erigiendo no á su distinguido huésped, sino á su sábio consejero, á

su sincero amigo, al entusiasta colaborador de su adelanto, un monumento que perpetuase eternamente su memoria, con el mismo esplendor con que sus ideas y su afecto han grabado el agradecimiento en aquel pueblo; pero comprendiendo que este derecho sería reclamado, con justicia, por su propia patria, se apresura á respetar tan legítimo derecho y á satisfacer vuestros nobles deseos.

Pero en cambio el Paraguay conservará las últimas palabras del general Sarmiento, como lecciones sublimes, que todos los paraguayos hemos recogido en el fondo de nuestras almas, con el cariño, con el amor y con la veneracion á que se hizo acreedor por sus virtudes cívicas, y por los relevantes servicios prestados á la causa de la América republicana.

**Sr. Vice-Presidente de la República,
Dr. D. Cárlos Pellegrini**

EN NOMBRE DEL SENADO

Señor Presidente de la República:

Señores:

Trás el último y supremo combate, Sarmiento entrega su mortal vestidura á la tierra, como el soldado antiguo se despojaba, despues de ruda lucha, de su trabajada armadura y de su vieja y buena espada, al caer vencido por fuerzas superiores. Quédale su gloria; ante ella se inclinan todos, y en los campos adversos están silenciosas las tien-

das y enlutadas las banderas, mientras el tambor bate el fúnebre compás.

Todos lo hemos visto, todos lo hemos conocido; era la cumbre más elevada de nuestras eminencias americanas; el Sol coronaba de luz su sien soberbia y había en sus entrañas agitaciones de volcan. Viviendo en su contacto era difícil medir sus proporciones y recién al caer derruido por el tiempo podemos apreciarlas, al ver sus fragmentos cubrir medio siglo de nuestra historia, en la extensión de medio continente. Cada uno de ellos puede servir para elevar un monumento de faz diversa y materia variada. Hay allí desde el duro granito para levantar un baluarte, hasta el grano finísimo, rival del pentélico famoso, en que el artista puede cincelar su obra más delicada.

Sarmiento nada debe á su época, ni á su escena. Fué el cerebro más poderoso que haya producido la América, y en todo tiempo y en todo lugar hubiera tendido sus alas de cóndor y morado en las alturas.

Nacido hace un siglo, hubiera sido una de las primeras figuras de nuestra emancipacion política, arriba de Moreno y al lado de Rivadavia.

Nacido en el primer año de la revolucion, ha sido el que vió más lejos en el porvenir los destinos de nuestra patria y quien mejor comprendió los medios de alcanzarlos. Ha sido el faro más alto y más luminoso de los muchos que nos han guiado en la difícil senda.

Escritor, orador, legislador, ministro, presidente, su labor ha sido vasta y continua. Fué apóstol y fué soldado,

Tocóle por patria, como á todos los de su época, inmensa heredad inculta, y aplicó todo el vigor de su alma á abrir en la espesa selva anchas vías á la civilizacion. Lo hemos visto sudoroso,

apasionado, febril, empuñar el hacha del *pioneer*, abrirse paso al través del espeso matorral de la ignorancia, destrozando errores, preocupaciones, y al encontrarse en su camino con el árbol colosal de la tiranía que cubría á su patria con sombra letal, atacar su tronco, herirlo sin tregua ni reposo, hasta verlo caer con estrépito, abriendo en el bosque inmenso claro, que permitió á un pueblo contemplar el cielo luminoso y aspirar las puras brisas de un porvenir libre.

Su vida fué de accion y de lucha; tenía en su panoplia todas las armas; pero su inteligencia con músculos de atleta, prefería la maza hercúlea á cuyo golpe terrible saltaba en pedazos la más sólida armadura.

En todo momento, ya ocupara la más alta magistratura de su país, en su banca de senador, manejando la pluma del polemista, en el seno de la intimidad, era siempre el mismo, espontáneo y genial, de pensamiento vastísimo y fecundo, con un soberbio desconocimiento de lo pequeño y del ridículo, inmaleable, con un poder de iniciativa no igualada y con una energía y tenacidad inagotables.

Le faltaban esas cualidades de seducción que obran sobre el sentimiento de las masas, que caracterizan á los conductores de hombres y engendran la popularidad. Todo su organismo estaba absorbido, dirigido, dominado por su cerebro, y podía en ciertos casos no inspirar cariño, pero imponía siempre admiración y respeto.

En el recinto del Congreso su banca era una cátedra, y cuando hacía oír su voz, todos inclinaban el oído atento, en la seguridad de nutrir su inteligencia con esa palabra que nunca fué pueril ó vulgar. Si la pasión lo agitaba, su elocuencia era tormentosa; oscuridades imponentes, en cuyos senos

se sentía agitarse las ideas, se agolpaban formando marco á claridades radiosas, y relámpagos iluminaban á intervalos el soberbio cuadro.

Todo lo que constituye nuestro progreso debe algo ó mucho á Sarmiento. En su vida laboriosa ha trazado largo y profundo surco en nuestro virgen suelo argentino, derramando en él á manos llenas la semilla fecunda del bien. Si alguna se perdió entre espinas y pedregales ó fué llevada por las aves del cielo, más feliz que el sembrado del evangelio, la mayor parte cayó sobre tierra fértil, brotó lozana y vigorosa y hoy se eleva como homenaje eterno á su memoria.

¿Cometió errores, injusticias? Tal vez; no lo recuerdo. El gran trágico inglés pone en labios de Antonio, ante el cadáver de César, estas palabras desconsoladoras:—«El bien que los hombres hacen en la tierra, queda muchas veces sepultado con sus huesos»—No. El error ó el desvío de la pasión son hijos de la tierra y el sepulcro reclama todo lo que le es propio.

Queda para el alma inmortal todo lo que nació de la inteligencia ó el amor, que son las chispas divinas que enaltecen al hombre y lo colocan en el trono de lo creado.

Hoy, en esta última jornada, al pasar sus restos en busca del lecho de su eterno reposo, cruzarán entre filas de niños que se agitarán y se agolparán para arrojar flores en su camino, y el murmullo de bocas infantiles que es la voz del porvenir, será el himno más grato que se eleve á las regiones donde mora su espíritu y compense las fatigas del más ardiente apóstol de la educación popular.

No habrá aldea en la República donde no se lea «Escuela Sarmiento,» y ya aparece su nombre en varias, como en el cielo sereno aparecen los astros

brillantes cuando el sol ha descendido en el horizonte.

En nombre del Senado de la Nación, al cual honró en vida, me inclinó ante su féretro y deposito la ofrenda de su admiración y su respeto. Su nombre pertenece ya á la historia, y cuando la República Argentina sea una de las grandes naciones de la tierra y sus hijos vuelvan la mirada hácia la cuna de su grandeza, verán destacarse la sombra de Sarmiento, consagrado desde hoy y para siempre como uno de los Padres de la patria.

Dr. Wenceslao Escalante

EN NOMBRE DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS

Señor Presidente de la República:

Señores:

Cuando una nación entera se conmueve ante el fallecimiento de un héroe y se pone de pié en toda la extensión del territorio, rompiendo en gigantesca marcha fúnebre para acompañar sus restos hasta el panteón de la inmortalidad—la lengua humana no tiene palabras que equivalgan á la elocuencia de este grandioso acontecimiento.

No venimos envueltos en las sombras fúnebres de una muerte; la intensa claridad de una gloria inmarcesible las disipa y enjuga las lágrimas del dolor, para dar lugar al entusiasmo venerador de tanta grandeza.

Aquí está la noble nación argentina representa-

da en todos los órdenes de la sociedad. El pueblo en todas sus clases y el gobierno en todos sus poderes. Militares y ciudadanos, maestros y discípulos, literatos y obreros, pobres y ricos, hombres de estado y hombres de negocios, nacionales y extranjeros.

Sin que falte ningun elemento distinguido, ni esa noble masa, que no es anónima porque se llama soberanía: todos venimos con nuestra hoja de laurel á deponerla ante esta tumba ilustre, mientras la blanca diestra de la mujer esparce flores, ayudada por el tierno niño que conduce á recibir inspiraciones para el grandioso porvenir de nuestra tierra.

Aquí está la patria; aquí su corazón que late con las notas más delicadas del sentimiento: la ingénua inocencia del infante, la ternura de la matrona, son los colores risueños con que se tejen las coronas sobre el fondo grave de la veneración conciente del anciano, el patriotismo del argentino, la admiración del extranjero, la gratitud de todos.

Y debe ser así, porque Sarmiento era la encarnación completa de un pueblo en todas sus fases y durante sesenta años de su historia, Nada, ni nadie podía faltar aquí, so pena de injusticia y lo que es más, de ingratitud.

Sarmiento era también eminencia parlamentaria.

La H. Cámara de Diputados del Congreso Nacional me ha encargado de interpretar su sentimiento de veneración y respeto por el ilustre muerto.

Pero ¿quién no se siente pequeño para alzar la voz ante tamaña grandeza, mudo ante la elocuencia, ignorante ante la ilustración, débil ante la fuerza de esa figura colosal que se alza sobre el inmenso pedestal de este concurso universal?

¡Sarmiento! Su figura no necesita ser descrita, ni mencionados sus hechos, ni citadas sus ideas en Sud-América. En el Plata principalmente, su biografía es de notoriedad.

No hay argentino que no sea testigo personal de sus actos, ni inteligencia nacional que no haya fecundado en enseñanza, ni punto del territorio que no haya fertilizado su progresista acción.

La atmósfera argentina después de haber resonado largo tiempo con sus terribles imprecaciones contra la tiranía, ha estado llena con el ruido imponente de sus grandes luchas en favor de la libertad.

Supo demoler lo viejo y edificar lo nuevo; si ninguno habló ni escribió mejor, nadie fué más eficaz en su múltiple actividad.

Prometeo de la inteligencia, fué pensador y vulgarizador, autor de libros y periodista, maestro, polemista y orador. Prometeo de la acción, la ejerció en lo civil y en lo militar, en el país y en el extranjero, en las ciencias y las artes y las industrias, en las filas del pueblo y en todas las alturas del gobierno, pensando y obrando en lo económico como en lo político y moral, por años, por décadas, por más de medio siglo, sin un día de descanso, sin fatiga y siempre animado por su alma mater, por su gran motor: el patriotismo.

Ni digamos que fué fácil su acción; no se funde la figura de los grandes hombres sino en la fragua de las grandes contrariedades.

Sarmiento luchó para formarse á sí mismo y puede decirse que templó con el calor del combate sus armas improvisadas.

En un medio físico y social ingrato, supo, sin embargo, hacer brotar los gérmenes múltiples y vigorosos de su genio, que, como la vid, arraiga y se desarrolla mejor en el suelo más estéril.

No encontró recursos en la riqueza de que nunca gozó, ni en la benevolencia ó la justicia siquiera de sus contemporáneos; ni su carácter era propio para esquivar resistencias, ó contemporizar con el error, el atraso ó el vicio.

Amó con pasión al pueblo soberano, pero no lo aduló jamás, ni buscó su gratitud en la popularidad. Hinchido su pecho de entusiasmo por el progreso social, llena su cabeza de ideas para realizarlo, iluminado por la creencia ó la intuición adivinadora de la verdad, se lanzaba á la acción con todas las fuerzas de su voluntad férrea, sin mirar atrás, abajo ó á los lados, dejando sin lástima los despojos de pasiones, ó intereses heridos; sacrificando sus afectos, su bienestar y hasta su hogar, pero mirando siempre á la verdad arriba como guía, al bien público adelante como fin, hasta abrazarse con la imagen de la patria agradecida, en el término final de su larga jornada.

Honor eterno á ese atleta que todo arrojó y venció por el bienestar de sus conciudadanos; que en su vida entera no pensó, ni aprendió, ni enseñó, ni practicó más que el bien público, y que no tuvo entusiasmo ni para sí mismo, entregándose por completo á la patria.

Por eso mirando á nuestro alrededor, nos encontramos con este espectáculo magestuoso y en este solemne día, digno término de tan grandiosa vida.

Esos despojos que llegan en brazos de tres repúblicas, con las simpatías de toda América, si son los restos de una muerte, marcan el principio de una inmortalidad.

No es cierto, ¡vive Dios! que todo consista en el egoísmo materialista del culto al éxito y á la riqueza y á los placeres pasajeros. Las insolencias apa-

ratosas del vicio no pueden borrar el nítido resplandor de la virtud.

Este acto es una enseñanza y un ejemplo, para que no flaqueen los patriotas en sus esfuerzos por el bien público, y sobre todo para que los niños y los jóvenes se conforten y aprendan que no solo de pan vive el hombre.

Y entre tanto, ya que hemos acompañado hasta su pedestal á esta gran figura nacional, contemplémosla por un momento para grabar más su imagen.

Miremos esa amplia frente en que se alojó el gé-
nio, esos lábios que siempre estuvieron abiertos para predicar la verdad, la libertad en el órden, el progreso universal; esos rasgos salientes de una voluntad indomable servida por órganos de acero.

De pié, sobre los despojos del pasado con su atraso, glorificado con las aclamaciones de un gran pueblo, Sarmiento, con la antorcha de sus ideas y de su ejemplo en su siniestra mano, señala con la diestra el horizonte del porvenir en que parece querer hundir su mirada de águila, no satisfecho por no seguirlo eternamente con su accion.

¡Ecce homo!

Dr. Benjamin Zorrilla

PRESIDENTE DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

Señores:

Hé aquí al noble y denodado campeón de todos los combates, caído, pero no vencido, que rinde su tributo, inclinando la frente ante la muerte, que

hiere todas las cabezas, por altas y poderosas que sean, y nos señala un destino comun, despues de la jornada, en las sombrías concavidades de las tumbas; todos, todos, grandes y pequeños, guerreros y togados, poderosos y humildes, sábios é ignorantes, pobres y ricos, caeremos postrados ante la dura ley, bajando inermes á la última morada.

Al destino comun se sustraen moralmente, sin embargo, ciertos seres privilegiados, fundidos en molde especial, que una vez roto no se rehace jamás; preciosos ejemplares destinados á perpetuarse vivos en la sucesion de los tiempos y en la memoria de los hombres, por las altas cualidades que adornaron su viril y poderosa naturaleza, y por la accion fecunda que ejercieron en la vida, en la eterna tarea del progreso humano.

Ninguno entre nosotros más digno de este privilegiado destino que el Sr. General D. Domingo Faustino Sarmiento, cuya larga y variada vida ha corrido en medio de todas las actividades, de todas las luchas, de todos los senderos, dejando en todas partes huellas luminosas de su inteligencia superior, de su espíritu fuerte, elevado y patriótico. Es tan grande la esfera de accion que abarca su actividad, que su figura moral no cabe seguramente en el estrecho cuadro de un discurso destinado á pronunciarse delante de sus mortales restos.

Hidalgo pobre de aldea, sin estudios ni fortuna, tiene confianza ilimitada en un gran porvenir para él y para su patria, pues él ya tiene decretado este consorcio, que ni la muerte disuelve. Consigue pocos libros, que devora su tierna juventud; aprende donde quiera que puede encontrar una enseñanza; pone á escote el saber de sus amigos, y no solo pide, exige sus lecciones; y, así, guiado por un espíritu investigador é insaciable, por una voluntad firmísima y un trabajo sin reposo, echa poco á poco

los sólidos fundamentos de su notable personalidad.

Entra en la vida activa, se mueve inciertamente de un lado á otro, y no bien quiere ejercitar su espíritu independiente discutiendo los intereses políticos de su provincia natal, choca con el caudillo que la oprime, es perseguido y desterrado; marcha á Chile, y desde el camino le notifica que con él se salvan las ideas que echarán por tierra su poder.

Llega á Chile: nada tiene, nada lleva, nada que pueda prepararle, no diré un éxito, ni siquiera los medios de subsistencia. Él, entre tanto, no vacila, tiene su programa, va á la prensa y escribe un magistral artículo sobre el general D. José de San Martín, que llama sobre su autor la atención pública, y produce un movimiento de opinión en favor del héroe legendario. Parece que nunca hubiese hecho otra cosa, y puede afirmarse que desde ese día, hasta el momento presente, es el escritor más leído y conocido en las repúblicas del Plata y del Pacífico.

Declara guerra sin cuartel al tirano de su patria y sus seides, sin olvidar al de su aldea, y todas las formas conocidas de dar á la prensa el pensamiento son pocas para satisfacer su actividad intelectual: todo invade, el libro, el folleto, la revista, el diario, y hay veces que escribe en tres al mismo tiempo, y en todos hace guerra á Rosas, sin cuartel, en todas las formas, introduciendo sus escritos á la propia guarida del tirano, donde solo reina respetuoso silencio.

Esta improba tarea que habría debilitado y agobiado á un atleta poderoso de la prensa, no le impide ocuparse de los progresos de Chile, donde funda escuelas, se hace maestro, lucha en las filas del partido conservador, triunfa con el distinguido hombre de estado D. Manuel Montt, del que

hace un amigo, porque ya es todo un hombre importante que ha ilustrado su nombre con dos libros que son perlas de la literatura argentina: el «Facundo», que es un poema histórico-filosófico, lleno de colorido y originalidad, y los «Recuerdos de Provincia», narracion viva y variada de lo que podria llamarse la preparacion de la vida de Sarmiento, libro lleno de vigor y aliento que enseña como, partiendo de sí mismo, sin más medios de accion que el esfuerzo propio de esta entidad que se llama el Yo, se puede llegar á todo en lo humano, y escalar todas las alturas.

Los padres debieran poner este libro en manos de sus hijos, desde temprana edad, porque su lectura puede señalar á ciertos caracteres el camino recorrido por Lincoln ó Sarmiento.

El año cuarenta y cuatro el gobierno de Chile le dá una mision para estudiar, segun creo, cuestiones relativas á la instruccion pública en Europa, y de paso, ya en plena virilidad, estrecha amistades con los hombres notables que en Montevideo combaten la tiranía.

En Europa es recibido por Mr. Thiers y Mr. Guizot; presenta dos memorias á la Academia Francesa, trabajos importantes que merecen ser leidos, y prepara el libro de sus viajes, cuya publicacion hace á su regreso á América.

Rosas está en el apogeo de su poder á fines del 48, y nadie imagina, lo que siempre sucede, que su caida se aproxima, traída por esa lógica de los hechos, que es la ley oculta de los acontecimientos humanos; pero él ya lo sabe, y es capaz de decir que lo ha visto; sabe más, sabe que va á ser un dia presidente de la República, y reparte en todos los puertos del Pacifico, y deja en cajones para ser introducidos por millares, al través de la Cordillera, á todas las provincias, su retrato con

esta inscripcion: «Domingo F. Sarmiento, teniente coronel y futuro presidente de la República Argentina.»

Veinte años más tarde la prediccion se realiza.

Sublimes revelaciones del porvenir, claridades misteriosas del génio que trasporean los sucesos del futuro.

Regresa á Chile, y con nuevos bríos, mayor amplitud de vistas, mayor cultura intelectual, adquirida con el espectáculo de la civilizacion europea, vuelve á la lucha como si no hubiera estado ausente un solo día.

Repentinamente le llega la noticia de que la guerra á Rosas ha sido declarada por el prestigioso caudillo entreriano que llama á todos los ciudadanos á sus filas y ofrece constituir el país. Deja á Chile, se incorpora al ejército grande, donde ya tiene señalado su puesto, y toma á su cargo y redacta el boletín del ejército, que hábilmente esparcido en toda la república, penetra en cada hogar, donde es leído con las dulces esperanzas de días mejores y serenos que toda alma abraza en esos momentos supremos.

La tiranía se derrumba con la batalla de Caseros, y el triunfador por excelencia es Sarmiento: es el escritor más conocido y popular, el que más despierta la curiosidad pública, y atrae sobre sí las miradas de todos.

Vienen despues días nebulosos para el país. Hechos que están bajo el juicio de la historia, retardan la constitucion definitiva de la nacion. Trece provincias se dan una constitucion que la de Buenos Aires no acepta, y se da otra distinta, tomando el nombre de estado y quedando así dividida la república.

Sarmiento, sin saber qué partido tomar, rotos

sus ideales, renuncia el cargo de diputado que se le ofrece de uno y otro lado. Obedeciendo á un movimiento elevado y patriótico de su espíritu, decide expatriarse, antes que contribuir con actos á autorizar un hecho que él mira con horror—la desmembracion nacional.

Sus «Bases de la Constitucion», su «Argirópolis», hace tiempo que han sido publicados, leídos y comentados; pero su autor nada hace, nada puede hacer, desde que, lejos de la patria, sus armas de combate se enmohecen guardadas, su voz se ha callado, su pluma no desborda. Dado su carácter, esta situacion no puede durar.

¿Se combate, y él no pelea? ¿Se discute, y él no habla? ¿Las prensas conmueven la opinion en su patria, y él calla? ¿Es éste Sarmiento? debieron preguntarse sus amigos, al ver desmentirse un carácter tan probado como el suyo, en la mitad de la jornada.

Rápido reacciona, toma su resolucion, y ya está de viaje con su programa hecho; desde lejos conoce el peligro, y viene á conjurarlo: teme que los partidarios exaltados del estado de Buenos Aires lleguen hasta declarar su independenciam, tal vez formando compromisos internacionales que aseguren la desmembracion definitiva de la patria. Llega; se une á Velez, Mitre, Gomez y muchos otros y en la prensa, en el parlamento y en los consejos de gobierno, ajusta su conducta á este pensamiento capital que domina todos sus actos: la union nacional por la paz, por la guerra, por cualquier camino que conduzca á ella.

Esta es su divisa invariable, su punto de mira, que domina su conducta hasta la instalacion del primer gobierno constitucional del general D. Bartolomé Mitre, que extiende la jurisdiccion nacional desde La Quiaca al Cabo de Hornos, de los

Andes á los confines de Entre-Ríos y Corrientes.

Entre tanto, él ha sido periodista, ha mostrado el poder de su pluma en la polémica: nadie lo supera; es nutrido, ilustrado, poderoso en el razonamiento, original siempre, fecundo cual ninguno.

Diputado, senador, convencional, se muestra orador notable por la inmensa variedad de sus conocimientos, su poderosa argumentacion, sus arranques patrióticos y el vuelo atrevido de su pensamiento, cualidades que le proporcionan un notable ascendiente en las asambleas y triunfos oratorios señalados, siendo el mayor de todos, el que obtiene al terminar sus sesiones la convencion de Buenos Aires. Ministro de gobierno se muestra infatigable y sus opiniones tienen autoridad y pesan en los acuerdos. Es, pues, un notable hombre de estado, y toma gran parte en la aceptacion de las reformas sancionadas por Buenos Aires, y proclamadas en la convencion nacional de Santa-Fé, en que se sanciona definitivamente la constitucion actual que impera en la república.

Después de la batalla de Pavon, es llamado al gobierno de la provincia de su nacimiento, San Juan, y en él, á la vez que termina la obra de la pacificacion interior, ayudado de pobrissimos recursos, intenta todos los progresos, inicia mejoras en la administracion, en el municipio, en las costumbres, en la guardia nacional, fijando con justicia la atencion del pais.

Durante su período gubernativo surgen algunas dificultades con el gobierno nacional: diferentes vistas en la apreciacion de las facultades de los estados y el poder central; olvidos diversamente interpretados las agravan, y lo inducen á dejar el pais por algun tiempo, pensando con razon que mucho puede hacer en favor de la república visitando los Estados-Unidos, y trayendolos

comentarios de su constitucion, sus prácticas y sus enseñanzas.

Abandona San Juan, donde prontamente es recordado, á pesar de haber dejado muchos intereses heridos, muchos descontentos, ya sea por impulsar esa provincia por las vias del progreso, ya por establecer prácticas y costumbres de buen gobierno, ya por asegurar la paz, y hasta por las propias intemperancias de su carácter acentuado y elevado, que se excita demasiado con la contradiccion rutinaria é ignorante.

Pasa á Chile, sigue al Perú; se incorpora al congreso americano, y su discurso pronunciado con ese motivo, le merece felicitaciones de hombres tan distinguidos como el Sr. Andrés Bello.

Pronto se traslada á los Estados-Unidos, donde todo lo ve, todo lo estudia, instituciones, hombres, convenciones, congreso, constitucion, y todos sus estudios llegan consignados en libros, folletos y articulos que la América latina lee con interés. Á esa época pertenecen «La vida de Lincoln», «Las escuelas», y una nueva edicion aumentada de «Civilizacion y Barbarie.»

Libros animadísimos, muy leidos, bien juzgados, que tocan cuestiones de vital interés, y de palpitante trascendental actualidad.

Su autoridad es grande ya, su personalidad está completamente acentuada dentro y fuera de su país; Méjico lo ha consultado en una situacion solemne, el Perú le ha pedido sus consejos en la última guerra con España, Venezuela y Colombia lo encargan de cuestiones interesantes para su desarrollo intelectual.

El más grande dolor de su vida, su más grande desgracia, asalta por entonces á Sarmiento; no contento con dar su vida entera al país, le da tambien sus entrañas, y Dominguito, que es tal vez la

única ternura que nace de las raíces de su corazón, su esperanza y su luz, cae muerto por las balas enemigas en los esteros del Paraguay, en la más tierna frescura de la primavera de la vida. Después ha consagrado el noble anciano su recuerdo en un libro lleno de dulces ternuras y de sabias enseñanzas.

Se aproxima el año 68. y con él una dura prueba para las instituciones y la firmeza de la organización nacional: se aproxima el cambio de las autoridades, previsto por la constitución, y el primer presidente que ha ejercido su autoridad en toda la república, cumplido su período administrativo, debe dejar las insignias del mando, depositándolas en las manos del nuevo magistrado que debe elegirse.

Entre tanto, la situación es grave. Estamos empeñados en una guerra extranjera, larga y dura, que distrae las fuerzas vivas del país, dejando en desamparo el interior, donde los caudillos, con diversos pretextos, encienden la guerra civil.

Las desinteligencias surgen, se duda de los medios efectivos de que el país pudiera disponer para mantener el orden público, y hacer la trasmisión del mando en paz y libertad. Alguien pronuncia el nombre de Sarmiento, que está á miles de leguas de nosotros, que no ha actuado en las cuestiones políticas de los últimos años, que no tiene amigos ardorosos á quienes el propio interés exalta y alienta, que no sabe seducir las masas, que no toma para nada en cuenta sus demostraciones amistosas ú hostiles, y en el acto todo viene á quicio, la confianza renace, porque ve claramente que una inmensa mayoría apoya su candidatura y el veredicto que sale de las urnas confirma el voto popular, eligiéndolo primer magistrado de la nación. Hecho único, sin ejemplo en la historia de la América latina.

Viene laureado de doctor por la universidad de

Michigan, y magistralmente toma posesion de su asiento de presidente de la república, trayendo las experiencias y las doctrinas americanas, cuya aplicacion ensaya, sin las reservas requeridas en atencion al momento histórico en que han sido practicadas en los Estados Unidos.

Su gobierno es notable bajo muchos conceptos, y no puede dudarse, aun en sus errores, si los hubo, ni del patriotismo que lo alienta ni de la sinceridad de sus intenciones.

Impulsa al país á todos los progresos de la vida europea, ferrocarriles y telégrafos, escuelas, bibliotecas, traducciones numerosas de libros americanos, son la obra cotidiana. Establece la academia de ciencias y el observatorio astronómico, dirigidos por sabios que hace venir de Europa y Norte América, señalando así, por sus esfuerzos en favor de la ciencia un puesto culminante á la república entre las naciones empeñadas en la lucha por el progreso humano. Dá firmeza á la autoridad que inviste, vence y desarma á los últimos caudillos, termina la guerra exterior y ensancha los horizontes de la patria, cuyas puertas quedan abiertas á todas las influencias benéficas de la inmigracion, de la introduccion de capitales y del espíritu de empresa: la inmigracion afluye, las rentas se duplican, la exposicion de Córdoba revela sus propias fuerzas al país; parece, en fin, como me escribía un distinguido caballero, que D. Bernardino Rivadavia, despues de una noche de 50 años, se hubiese despertado y hubiera tomado la direccion de los negocios públicos.

Un espíritu eminentemente nacional campea en todos sus actos, y los documentos oficiales de su gobierno llevan el sello de su originalidad ingénita, de su estilo poderoso y de su privilegiada inteligencia.

Levanta tempestades á su paso, pero él no se in-

timida; la prensa lo toma por blanco de sus iras, pero él no calla; muchos de los amigos de la vispera lo abandonan en la mitad del camino, pero él no desfallece: varon fuerte, nada teme, no vacila; tiene un programa trazado por treinta años de vida pública, y lo cumple.

Deja el gobierno y el respeto público lo rodea; San Juan lo envía al senado, donde campea la autoridad de su palabra elocuente; recibe el grado de general de la nacion y renuncio á continuar. La frondosidad de la vida de Sarmiento me extravía, y múltiple, me hace olvidar que tengo que considerarla principalmente bajo otra faz.

Nada he dicho del educador, del propagandista, del apóstol, y debo hacerlo porque, señores, al lado del hombre de estado, del orador, del periodista, del literato, del luchador, si me es permitido hablar así, hay otra persona en Sarmiento, tan fecunda como aquella y mucho más simpática: el apóstol de la educacion.

Principia en San Juan desde maestro, y funda escuelas; pero más que maestro es propagandista: habla de civilizacion, de progreso, de educacion y libertades, cosas que no están en armonía con las ideas de los que mandan ni con la dureza de los tiempos. Las persecuciones no se hacen esperar, y si no lo persiguen y destierran, es evidente que él hubiera dejado su provincia natal, donde la atmósfera no tenía el aire que necesitaba el alma de Sarmiento. Pasa á Chile, se hace maestro, y tiene escuela, sin desatender á sus variados trabajos ni su propaganda obligada. A la par de sus escritos políticos, difunde sus ideas sobre educacion, y desde entónces señala lo que es nesessario para desenvolverla en todo país: renta propia, maestros ilustrados, vida independiente, impulsando así el progreso de aquella nacion que hoy se asocia á nuestro due-

lo nacional, dando su bandera para cubrir estos restos, y ofreciéndola con palabras elocuentes de respeto, gratitud y cariño.

Persuade con su prédica y obtiene algunas medidas favorables: el gobierno de Montt, que está convencido de la necesidad de dar bases firmes á la educacion comun, pide al congreso de su país en dos ocasiones, recursos suficientes para acometer la obra, sin obtener resultados favorables, tal vez no por falta de buenos propósitos, sino porque los pequeños recursos que forman la renta de la nacion, son exigentemente demandados por necesidades que, si no son más urgentes y trascendentales, son de interés más activo y actual.

Sin embargo, no se desalienta; funda la escuela normal de Valparaiso, la primera que se establece en Chile de su importancia, y lo que es más, la primera que se establece en la América latina de esta clase, y que lleva todavia el nombre de Escuela Sarmiento, en su homenaje.

Seguramente ella ha dado los ilustrados profesores que dirigen la educacion de los ciento veinte mil niños que frecuentan las escuelas de Chile, y la dirigen bien con arreglo á los sistemas modernos que la facilitan, mejoran y ensanchan, pudiendo preguntarse sin extrañeza qué influye más en la riqueza é importancia de esa nacion, si el producto de sus minas, ó el de su escuela normal en cincuenta años de existencia.

¿Le falta un buen método de lectura? él lo escribe; ¿quiere dar un libro de lectura, instructivo y moral que esté al alcance de los niños? traduce «El por qué de las cosas» y la «Vida de Jesús»: él se dá tiempo para todo: necesita un órgano para propagar sus ideas sobre difusion de la enseñanza, y funda y redacta *El Monitor* y la *Educacion Popular*. ¡Qué pasmosa fecundidad, cuánta labor

en esta vida, que más que la de un hombre, parece la de muchos!

Ya ha sobrepasado á todos en esta materia, es miembro de la facultad de humanidades, y nadie lo supera en autoridad cuando de enseñanza se trata.

Viene á su país y su accion es fecunda, larga, variadísima. Encuentra algunas escuelas públicas en la ciudad de Buenos Aires, cuyo estado no quiero describir, bajo el patrocinio y direccion de la dignísima Sociedad de Beneficencia: predica la reforma, denuncia los errores, señala las deficiencias, y concita todas las iras sobre su frente, de la prensa, de las señoras, de todos, porque sostiene que la administracion y direccion superior de la enseñanza no es del resorte ni de la mision de la mujer, y despues de mucho batallar consigue que se cree la Direccion de Escuelas, puesto que él solo puede llenar con competencia y al que es llamado con el general aplauso de las personas más distinguidas.

Ha pasado muchos dias en Francia en una escuela normal; conoce sus secretos y su importancia, las erogaciones y elementos que ella demanda, y deja para mejores tiempos la tarea de fundarlas. Conténtase con crear la escuela superior de la Catedral al Sud, donde acumula los mejores bancos, mapas, maestros, libros que consigue, y no desdeña un solo resorte para atraer la atencion pública y despertar el interés de todos por la escuela.

Ayudado por los vecinos de la Catedral al Norte, levanta un edificio escolar en esa parroquia, y dá á la fiesta de su inauguracion la solemnidad y los honores de un acontecimiento americano. El tenía su teoría, que explica muchos de sus actos: él me lo decía hace tres ó cuatro años en una carta que conservo.... «Es teoría mía, doctrina mía, siempre «lo fué, de que la educacion no se difunde en las «escuelas, sinó en el ánimo del pueblo, y esta lu-

«cha que sostengo á designio, le ha de facilitar su «tarea, dándole colaboradores, y ha de darle los «medios de agrandar su esfera de accion.»

Gobernador de San Juan, deja allí recuerdos imperecederos, pues á más del impulso que dá á la educacion comun, la organiza y dota de uno de los más hermosos edificios que embellecen la capital, y aun ausente dirige sus consejos y sus ideas, que son recogidos y escuchados en toda la república, aunque parsimoniosamente aprovechados.

En todas partes donde llega y una fiesta relacionada con la educacion pública tiene lugar, él es el orador obligado: si alguien le escribe ó consulta, él se cree en el deber de contestar. Cuando quiere reunir sus escritos, le vence la dificultad de encontrarlos, tantos, tan variados son, y por tantas partes esparcidos.

Encuentra á José Pedro Varela en sus viajes, y lo decide á dedicarse á los árduos trabajos de la diffusion y perfeccionamiento de la instruccion, y Varela se hace apóstol y opera la más fecunda revolucion de las muchas por que la república vecina ha pasado. ¿A cuántos como á Varela, no ha indicado el camino de su grande y á veces glorioso porvenir?

«Las escuelas» y «Ambas Américas», libro el primero, revista la segunda de estas publicaciones, son prédica escolar en grande escala, dirigida á toda la América, y es con justicia que Caracas, Valparaiso, Mendoza, Tucuman y hoy Buenos Aires, ponen al frente de sus grandes monumentos escolares el nombre de Sarmiento.

Viene al gobierno de la nacion, encuentra en su ministro de instruccion pública un colaborador convencido, y funda á más del observatorio astronómico y la academia de ciencias de que ya he hablado, el colegio militar, varios colegios nacionales de educacion secundaria, diez escuelas normales diri-

gidas por profesores americanos, que hace venir de Estados Unidos y otras partes; presenta y se sanciona la ley de subvenciones el año 71, que lleva á los gobiernos de provincia, á los municipios, á los más apartados lugares el auxilio poderoso de la nacion, para difundir la enseñanza, anticipándose á los Estados Unidos, dieciseis años, en la adopcion de este sistema importantísimo, sin el cual no habría la república podido conquistar, como lo ha conseguido, el primer puesto en la América latina. La ley de bibliotecas populares dá origen á que se funden por centenares y se difunda el libro, y con él la lectura en ciudades, villas y aldeas.

Y aquí me detengo porque es necesario terminar: he preferido la narracion sencilla de los hechos al comentario animado, pues he pensado que aquellos bastan y sobran para justificar estos honores excelsos que el pueblo, el gobierno y algunas naciones americanas le tributan, asociándose á nuestro duelo y prestando sus banderas para cubrir con la nuestra sus restos mortales.

Se siente morir, y pronuncia su último discurso en la fundacion de una escuela: hasta la voz le falta ya. Pasa en revista sus trabajos que se traducen en hechos en América y en su patria, y con el recuerdo de ésta, á que asocia seguramente el de estos rosados enjambres que simbolizan el porvenir y van á cubrir su tumba con sus bendiciones y sus flores, mira al ciclo y muere dulcemente como el héroe griego—*celumque aspicit et dulcis moriens reminiscitur Argos*.

Que sus venerados restos descansen en paz, que su vida sea ejemplo y enseñanza, y que su espíritu se eleve á Dios, que seguramente recompensa y acoge en su seno á tan esclarecido obrero del progreso humano.

Sr. Ministro del Interior Dr. D. Eduardo Wilde

Señores:

«Tal vez no encuentren un sepulcro mis viejos huesos en mi patria», decía el general Sarmiento en los últimos meses de su vida, abriendo su corazón á sus amigos.

Si le fuera dado en este momento incorporarse en su féretro, repudiaría arrepentido sus injustas palabras y su grande cabeza volvería á recostarse, acomodándose para el reposo eterno, adormecida por los halagos del homenaje nacional que se le rinde.

Lejos de su tierra, en tanto que buscaba el descanso para su cuerpo quebrantado, la muerte lo abatió. No rodearon su lecho de agonía los anhelos de sus conciudadanos, ni cerraron sus ojos las manos de sus constantes admiradores; — pero la nación entera ha extendido los brazos para recibir las reliquias de sus despojos.

La onda de la revolución meció su cuna, allí en los principios de nuestra independencia; su infancia y su juventud tuvieron por escenario comarcas sacudidas por los trastornos de la lucha; su virilidad siguió los conflictos de la guerra, y su edad madura contó sus días por los momentos angustiosos de la patria.

Lleva al morir el consuelo de ver su país próspero, organizado y poderoso, y su conciencia satisfecha le mostrará las conquistas alcanzadas con el concurso de su grande influjo.

Hombre de combate y de progreso, no tuvo desfallecimientos ni temores—mezcló su suerte á todos los acontecimientos de la república;—dióles impulso cuando comenzaron sin su anuencia,—ó los hizo brotar con su espíritu batallador é infatigable.

No nació Sarmiento para la placidez y la ternura aunque no faltaron en su vida situaciones patéticas, ni fueron extrañas á su gama las notas melancólicas y sencillas del sentimiento delicado; su fuerte corazón se dejaba conmover de preferencia por los altos destinos de su tierra, y su cerebro vigorosamente organizado dedicó más bien su pensamiento á las árduas cuestiones de su tiempo.

Débele la república el haber reivindicado como Presidente el principio de autoridad del cual hizo su doctrina en el mando, enseñándola á los pueblos desde las eminencias del poder y practicándola con tesson en las esferas del gobierno.

Su ambicion fué el orden, su fantasma la anarquía y su intensa preocupacion librar á los argentinos de caudillos y demagogos, para los que no tuvo piedad ni perdon.

La atmósfera política tiene sus rumores sordos que anuncian la tempestad próxima á estallar, ó los estremecimientos de la tormenta ahogada. Sarmiento los oía, en las capas inferiores de una poblacion sin tradiciones, y comprendiendo que de allí provendría todo peligro, mantuvo ardiente su propaganda formidable contra todo aquel que osara levantarse para derrocar la autoridad constituida, en nombre de derechos ilegítimos, alimentados por la ignorancia y la barbarie de los campos, ó fomentados por la ensimismada altanería de las ciudades.

Como los hombres eminentes de la Prusia, comprendió que la educacion del pueblo era la palanca

poderosa de su engrandecimiento y, único maestro que no fué jamás discípulo, hizo de la escuela el elemento primordial del orden público y la base inconvencible de la regeneracion social.

No acordó solamente á la enseñanza su meditacion y su saber: le consagró lo mejor de sus horas, y consiguió amalgamar la esencia de su ser con los procesos de la educacion primaria.

No fué disciplinado ni metódico en su trabajo por el bien del estado; pero sus actos determinaron siempre corrientes impetuosas que produjeron innegables beneficios.

No deja como Alberdi una doctrina sistemada de organizacion política,—ni como Velez Sarsfield un monumento jurídico,—ni como Avellaneda las bases de la legislacion sobre tierras; pero su actividad siempre fecunda engendró un conjunto más trascendental y más valioso, pues no hay institucion, reforma ni accidente de la vida democrática que no contenga rasgos de su genial talento y de su incansable energía.

Poseido de sí mismo, tuvo tan grande aprecio por sus dotes, que fuera atrevimiento ante sus ojos desconocerlo ó moderarlo.—Hombre de estado, con sedimento propio, no aprendía—enseñaba. Sus constantes y selectas lecturas le permitian asimilar la ciencia humana; pero las ideas al pasar por su cerebro, se adaptaban á su índole, se transformaban y adquirían los tonos de su brillante y animosa originalidad.

Su literatura era autónoma y personal; abstrusa, enmarañada, viril y majestuosa, como la vegetacion de las selvas escondidas en que los árboles completos se entrelazan con las lianas á las malezas. Los documentos públicos debidos á su pluma, sus discursos parlamentarios, sus arengas inaugurales y sus escritos en la prensa, que representan

la producción de cien pensadores, revelan los recursos de su genio. Sus obras meditadas contienen páginas hermosas en que campea el deleite y el buen gusto; algunas de ellas son modelos literarios que no han sido, por cierto, superados.

En la ruda polémica, sus frases despiadadas, á manera de moles de granito movidas por titanes, caían sobre el campo de la lucha, destrozando adversarios é inocentes, en tanto que él como una esfinge, recibía los proyectiles lanzados á su cabeza, sin que jamás le hirieran.

En el cuadro de mi discurso, no cabe su retrato. Ninguna alocución que pronunciara estaría á su medida.

Sarmiento es una gloria de la república. Cuando pasen los años, y la historia, á la par de la leyenda, hable á las generaciones futuras, describiendo su colosal figura; cuando el soplo de los tiempos lleve en sus alas el nombre venerado de este ilustre ciudadano, diez millones de argentinos lo repetirán con entusiasmo, y la patria que, como la religión, tiene sus santos, colocará en sus altares la efigie del hombre que supo ilustrar su época y su pueblo con los destellos de su potente inteligencia.

El gobierno argentino tributa hoy los merecidos honores á su memoria, y el presidente de la república, que asiste á sus exequias, lo recomienda á la gratitud de sus conciudadanos.

Dr. Aristóbulo del Valle—
POR LA PRENSA ARGENTINA
—

«Es la humanidad una tierra dura é ingrata que rompe las manos que la cultivan y cuyos frutos vienen tarde, muy tarde; cuando el que esparció la semilla ha desaparecido.»

Sarmiento-1845.

Señores:

Quizá hubiera sido preferible rodear de solemnísimos silencio el sepulcro de ese hombre excepcional: nuestra palabra poco agrega á la majestad del homenaje que recibe su memoria en este momento, porque el duelo causado por su muerte ha salvado las fronteras de la patria y alcanza ya las proporciones de un acontecimiento americano. Por otra parte, es difícil llegar á la justa medida del elogio y detenerse en ella. El que conoce los sucesos, decía Pericles en una situación análoga, encontrará que el orador no ha estado á su altura ni ha expresado bien todo lo que se quería; y el que los ignora pensaría que el elogio es exagerado porque los hombres desconfían de lo que no son capaces de hacer. Y ¿quién podría abarcar, en la breve oración que las circunstancias imponen, tan grande personaje y tan larga vida, ni mucho menos satisfacer el anhelo público que quisiera ver aparecer de nuevo, evocada por la elocuencia, esa figura característica y representativa de la civilización sud-americana? Los sentimientos colectivos necesitan expansión y buscan su intérprete; pero, muerto Sar-

miento, ¿quién entre sus contemporáneos sería capaz de proseguir y terminar la historia portentosa que comienza en los *Recuerdos de Provincia*?

En lo que á mí se refiere, honrado con la doble representacion de la Asociacion de la Prensa y de la comision popular que ha tomado la direccion de esta grande manifestacion pública de respeto y de admiracion hacia la memoria del ilustre anciano, cumpliré el deber que he aceptado recordando algunos rasgos más salientes de su vida pública.

En Sarmiento se fundía de tal manera el pensador con el hombre de accion, que no hay posibilidad de clasificarlo en una ú otra categoría exclusivamente. Sus ideas brotaban con aliento de vida, y apenas enunciadas, se las veía tomar cuerpo, encarnarse y convertirse en accion personal ó social: su obra inmensa de propagandista, innovador en la primera edad, cuando era necesario arrojar el país en las corrientes de la vida moderna, y seriamente conservador cuando esta evolucion se realizó, revela en todo momento la inspiracion de una mente altísima. Constantemente ocupado de la suerte de su patria y de los destinos de la América, su pensamiento no se extravió jamás en los espacios vacios de la metafisica pura: era un experimentador que hacia sus investigaciones sobre la carne viva de su propia nacion, sometido siempre á la influencia emocional del patriotismo, pero de un patriotismo tan levantado que á veces se confundía con el sentimiento humanitario. Descubrió el primero que la causa de nuestros históricos trastornos residía en la barbarie de las campañas y se hizo el apóstol de la educacion popular, hasta transformar en pasion pública los aforismos doctrinarios de Rivadavia.

Hoy dia, cientos de miles de argentinos saben leer porque el infatigable propagandista logró con-

vencer á su país y á su época de que la educacion del pueblo es una funcion eminentemente gubernamental.

Sarmiento comenzó su vida pública en tiempos muy duros, cuyo recuerdo va desapareciendo de la memoria de las actuales generaciones, y es necesario remover los escombros que han acumulado los sucesos de medio siglo, para poder medir la magnitud de sus trabajos. Era entonces la república un país despoblado y semibárbaro, azotado por todas las tempestades, la guerra civil, la anarquía, el despotismo, sin medios de comunicacion para los hombres ni para las ideas, pobre y sin hábitos de trabajo. San Juan era una aldea separada del resto del mundo por los desiertos arenales que la circundan y por la muralla colosal del Andes. Cuáles fueron los antecedentes, cómo se desenvolvió en aquel medio el grande intelecto de Sarmiento, no es asunto para ser tratado en esta oportunidad. Baste decir que un dia pasó los Andes y sin permiso de nadie, sin introduccion alguna, se apoderó en país extraño del espíritu público, entró á formar parte de los consejos de gobierno, habló á los pueblos de sus grandes destinos é inició la revolucion social y política que dá fisonomía peculiar á esta civilizacion sud-americana, que ya se distingue de la del norte por cierto calor de sentimiento que le viene de su clima y de su cielo ó que trajeron en la sangre las razas progenitoras.— Desde entonces y hasta el dia de su muerte ha sido la primera figura en el vasto escenario de cuatro naciones que lo cubren con sus banderas.

¿Era Sarmiento un hombre de letras? No cursó humanidades en universidad alguna; pero su obra literaria vivirá en América mientras se hable en ella la lengua española. En los *Recuerdos de Provincia* hay páginas dignas de Cervantes, y *Fa-*

cundo es la pintura animada de un estado de civilizacion, si tal puede llamarse la época en que predomina la barbarie: esos libros se leen como el antropologista estudia el documento humano que suele encontrar en las entrañas de la tierra para arrancarle la revelacion de la vida de su tiempo: con el interés y la pasion de quien busca los antecedentes perdidos de su raza.

Pero donde está la mejor parte de la obra inconmensurable de Sarmiento como escritor, es en la prensa diaria, forma la más adecuada para sus bellas espontaneidades, de donde se apartan cuidadosamente los clásicos de todas las épocas, y donde él mostraba sin ostentacion la superioridad incontestable de su ingenio, su originalidad nativa y su prodigiosa fecundidad.

Pero Sarmiento era además un orador, un grande orador. Lo que no ha hecho con la pluma lo ha hecho con la palabra hablada. Ha pronunciado arengas en nuestros parlamentos, que oidas en el foro romano, en los últimos dias de la república, habrían retardado la llegada de los emperadores.

Como hombre de gobierno ha fundado una escuela que alguna vez dará sus frutos legitimos. Recibió en Chile la inspiracion de Portales y aprendió á gobernar con Montt; visitó la Europa entera y vivió largos años en los Estados Unidos con el oido abierto á todas las enseñanzas de la vida pública; sus principios de estadista pueden formularse en dos renglones: autoridad en el gobierno, libertades para el pueblo, todo dentro de la constitucion y de la ley.

¿Para qué hablar de su honradez inmaculada? Hace dos meses le oía estas serenas palabras:

«La pureza de los administradores públicos ha sido la tradicion nacional. ¿Cómo se le había de ocurrir á los unitarios, á Mitre, á D. Valentin Al-

sina, así cómo á ninguno de nosotros lo que no se le había ocurrido á Rosas en veinte años de gobierno irresponsable?...»

No hay posibilidad de condensar en forma alguna adecuada á este acto la larga vida del noble anciano. La república no ha dado un paso desde hace 50 años sin su concurso ó sin su consejo. Su mano y su accion y su influencia se han sentido y están visibles en todas las manifestaciones de la vida nacional. El fundó en San Juan el primer diario y el primer colegio de niñas; fué el primero en reivindicar las glorias nacionales, encarnadas en San Martin; fundó en Chile la primera escuela normal de una y otra América; agitó duramente cinco años el espíritu de dos naciones escribiendo diarios y panfletos que removieron todas las cuestiones de su tiempo: la inmigracion, la educacion, la libertad de los rios, la supresion de las aduanas interiores, la viabilidad, las cuestiones agrarias, sin abandonar su cruzada en favor de la libertad humana; vuelto á su patria escribió diarios y libros, fundó escuelas, iluminó los parlamentos con su elocuencia y dirigió la política de su tiempo: llegado á la presidencia de la República fundó los colegios nacionales, las bibliotecas populares, la academia de ciencias, el observatorio astronómico, el colegio militar y la escuela de marina; nadie levantó más alto que él el principio de autoridad; ningun gobernante respetó como él la libertad electoral; dentro y fuera del gobierno se ha ocupado de todos los intereses nacionales, de las viñas en San Juan y Mendoza, de la ganaderia en Buenos Aires; á su iniciativa se deben los alambrados que dividen hoy día la propiedad rural y entre sus viejos papeles se encontrará el certificado de haber sido el primer introductor de los eucaliptus, que cambiarán un dia la fisonomía de la pampa y regularizarán las lluvias. Pero

sobre todo esto, está su acción por la libertad y la unidad argentina.

«Buenos Aires sin la confederación, decía hace treinta años, es como la cabeza de un guillotinado: continúa pensando y sintiendo largo rato; la confederación sin Buenos Aires es como aquel jinete que durante el bombardeo por los ingleses, seguía galopando y blandiendo la espada por las calles mucho tiempo después que una bala de cañón le había volado la cabeza.» «No soy provinciano, repetía, sino como parte de la gran familia argentina: no soy porteño, sino en cuanto argentino!» Nunca, jamás, en ningún momento dejó de ser esencialmente argentino, y por eso la nación entera concurre á su apoteosis.

Maestro y amigo, descansa en paz después de tanto trabajar por el bien de tus conciudadanos!

Dr. Secundino J. Navarro

POR LOS SANJUANINOS

Señores:

Cumpliendo un deber sagrado, aproximome también á esta tumba rodeada del respeto y del duelo universal, dominado por el legítimo sentimiento que inspira la grandeza del hombre, la severa solemnidad de la muerte y la presencia de esta inmensa muchedumbre que pide á la palabra humana condense en fórmulas precisas el mundo de ideas y de sentimientos que hoy agitan y atormentan la mente y el corazón de todos los argentinos.

Un grupo de compatriotas aquí residentes y un

centro de jóvenes constituido en San Juan me han honrado, designándome para hablar en nombre de la patria bien amada del general Sarmiento, de la provincia de San Juan, que al verse privada del mejor y más ilustre de sus hijos, recibe sobre su frente modesta los resplandores de la gloria que proyecta aquel nombre, aclamado grande por el voto unánime de las naciones que nos rodean y por la voz de millones de hombres, fraternizando en el comun dolor.

La provincia de San Juan que tan preclaros varones ha producido desde los albores de la independencia y que son honra y prez de todos los argentinos, debe al general Sarmiento un tributo extraordinario y especial de gratitud, no solo por haberla inmortalizado en el libro, en el panfleto, en la hoja volante, sinó tambien por el cúmulo de beneficios que le prodigó en todo tiempo, por haberla lanzado en las sendas de la instruccion y del progreso, y más que todo, por aquel amor entrañable que le profesó hasta la exageracion del fanatismo; que no se desmintió ni se extinguió, ni se debilitó siquiera ni en la proscripcion, ni en ausencias prolongadas y lejanas, ni en las alturas del poder...¿por qué no decirlo? ni ante la ingratitud de sus compatriotas que alguna vez le volvieron la espalda, desconociéndolo, como aquel discípulo á Jesús, haciéndole apurar el amargo cáliz de la injusticia de los hombres que envenena la vida del patriota, que arranca á Scipion aquellas crueles palabras de la historia y que arroja á San Martin, á Rivadavia, á Alvear y á tantos próceres por los caminos tristes y solitarios del ostracismo.

En presencia de la muerte, señores, las reticencias son una profanacion y á veces un crimen, y debe hablarse el lenguaje austero de la verdad, sobre todo alrededor de esta tumba, porque el hombre

venerable á quien lloramos hizo de ella el evangelio y el culto de su vida y la arrojó imperturbable al rostro de los tiranos, de los poderosos, de las colectividades, de pueblos enteros cuando delinquían ó se extraviaban, sin cuidarse de las consecuencias, despreciando la muerte y los peligros.

Ha llegado, pues, el momento de decir toda la verdad, honrando la memoria de este hombre recto, porque ha sonado también la hora de la reparación, y es entonces tanto más justificada la misión que ejerzo por cuanto refleja la imagen del hijo abriéndose paso por entre la muchedumbre para abrazar por última vez el cadáver del padre y dar testimonio público de su dolor, de su gratitud y de aquel amor de la naturaleza que, al confesar el extravío de un momento, estalla en lágrimas de ternura y de reconocimiento.

Acaso, señores, aquellas desinteligencias y aquello que aparece como una cruel injusticia no fué sinó el efecto natural de un choque de caracteres igualmente altivos é indomables, porque ninguno como el general Sarmiento reflejó en más alto grado hasta las condiciones físicas del país de origen.

Majestuoso y soberbio como las altas cordilleras de su patria; impetuoso y desbordante como los torrentes que se despeñan de sus cumbres; inmovible, resistente, áspero como las rompientes que bordan sus márgenes; ardiente, desordenado, como los huracanes que salen bramando por las estrechas quebradas, levantando tempestades que oscurecen la atmósfera; fecundo, exuberante, inagotable, como aquel suelo de sus amores; parece como que la montaña, el torrente, la roca, el huracán, la tierra misma se hubiesen aunado para producir aquel génio extraordinario.

A veces cruza por la mente la idea de que tan privilegiada organización hubiérase formado en el

centro de los volcanes que se agitan en las entrañas de los Andes, para hacer surgir aquella luz resplandeciente é inextinguible que solo conducen los inmortales y que asciende con Bolivar á las cumbres del Chimborazo, con San Martin á las del Aconcagua, para de allí marcar los rumbos, señalar los derroteros á los pueblos nacientes y empujarlos por sendas nuevas, abiertas al porvenir de un mundo.

Sarmiento por su accion y por su pensamiento ha dejado de ser el hijo de una ciudad mediterránea y aun el argentino, para transfigurarse, asumiendo proporciones colosales, en la personificacion del pueblo sud-americano que se debate contra sus tiranos y por emanciparse del caudillaje, que lucha con su propia ignorancia y con la miseria, rezagos de la colonia, y que en medio de reveses y victorias, de apostasias y de actos de heroismo, de luz y de tinieblas, con un mundo embrionario de ideas en el cerebro y un mundo de aspiraciones infinitas en el alma, vislúmbrase algo de absolutamente grande que hace presumir la perfeccion de la especie humana en el futuro, surgiendo de este nuevo mundo.

Abarcando el problema social y político de estos nuevos pueblos, salidos de improviso de la colonia á la vida independiente con la clarovidencia del profeta antiguo, Sarmiento se sintió llamado á ejercer una mision providencial, y supo cumplirla, merced á su inteligencia privilegiada, puesta al servicio de un gran corazon, convirtiéndose en apóstol de la instruccion pública y en el porta-estandarte de aquella bandera de los principios fundamentales del gobierno libre que hizo flamear por fin en lo alto de la morada misma del tirano y que condujo despues á la victoria contra el espíritu

revolucionario que venía de muy lejos minando la existencia de la república.

Sarmiento señaló, pues, la escuela como el santuario adonde debían acudir las nuevas generaciones para regenerarse del pecado original de la ignorancia que traían de sus progenitores, para formar ciudadanos aptos para la vida pública, y en cincuenta años de incesante propaganda, llenó la América con sus escritos, popularizó el libro y consiguió imponerse al pueblo con todos los atributos de su personalidad.

Por eso todos los argentinos de estos últimos tiempos hemos empezado á conocer el nombre y los altos hechos de Sarmiento al despertar á la vida, casi al lado mismo de la cuna, oyéndolos de los lábios de nuestras madres enternecidas, que nos señalaban á Sarmiento como una especie de genio del bien, profector de la infancia, como el tipo del patriota austero, como un envidiable ejemplo de la misión de un hombre llenada con exceso en la tierra.

Por eso también hemos visto más de una vez á rústicos labriegos conmoverse hasta las lágrimas al conducir sus hijos á la escuela, recordando el nombre de Sarmiento, porque la palabra y el alma del apóstol han penetrado hasta el rancho apartado del gaucho y sacudido su alma ruda para mostrarle un abismo en su ignorancia, horizontes de felicidad y bienestar en la educación de sus hijos.

Lanzado en las corrientes de la vida pública desde la prensa, desde la tribuna de las arengas, desde el sillón del gobernante, habló á los pueblos con toda la autoridad de un reformador consciente, con todas las audacias y las intemperancias de un iluminado, y quien recorriera diez años atrás solamente sus artículos de combate en que azotaba

sin misericordia á hombres, á partidos, á gobiernos, á pueblos en masa, mostrándoles sus pasiones, sus deformidades, su carencia de principios, y el coro de invectivas y de murmuraciones que levantaba su valiente actitud y su propaganda, no se imaginaría tal vez que ese mismo hombre se vería hoy rodeado de la popularidad, del respeto y del dolor más sincero, más íntimo, más universal que haya producido jamás en la América del Sud la desaparición de un hombre público.

La explicación del aparente contraste está en todos los lábios, está en todas las almas. El pueblo descubrió siempre en todos los actos de Sarmiento la honradez del propósito, la enseñanza saludable, las ideas luminosas y lo que todo lo vivifica y lo ennoblece: los sentimientos del alma sincera y ardiente del patriota que busca el bien común, arrojando por la patria, por la masa, por la humanidad, la impopularidad, el odio y hasta el desprecio de sus contemporáneos.

Señores: Tarea superior al esfuerzo humano sería la de pretender bosquejar en un estrecho cuadro la vida múltiple y variada del general Sarmiento. Esa vida, en su asombrosa multiplicidad, es la historia viviente de la República Argentina, desde medio siglo, confundida á intervalos con la de otros pueblos, debiendo sin duda extenderse su influencia á través del tiempo, sin límite reconocido ó asignable, porque tal es el raro privilegio del genio.

Puede afirmarse, acaso sin exageración, que en la vida de Sarmiento se encuentra el poema, no escrito aun, de este nuevo mundo y que abarca por uno de sus extremos la época colonial y los preludios de la independencia, y por el otro todas las innovaciones y los progresos que vienen alterando la fisonomía de nuestra raza. En los «Recuerdos

de Provincia» y en el «Facundo» están esparcidos los temas de sus más sublimes cantos.

Bajo otros aspectos la vida de Sarmiento es una enseñanza, siempre renovada, de los austeros deberes que el patriotismo impone á todo corazón republicano y parece que el pueblo argentino se apresurara en estos momentos á recogerla al rendir esta apoteosis extraordinaria al gran ciudadano.

Señores: Que esa influencia benéfica ejercida en existencia tan larga, y tan bien llenada, se prolongue en la sucesion de los tiempos y que la sombra augusta del grande hombre presida desde la eternidad, como un génio protector, los destinos de la república, en toda la extension de la América, y al desenvolvimiento de estos pueblos hispano-americanos, en paz y en libertad, en marcha hácia la prosperidad y la grandeza, porque tal fué la suprema ambicion de su vida.

Entreguemos ahora á la tierra sus cenizas, su nombre á la gloria, su ejemplo á los presentes y venideros y que el monumento que consagre su inmortalidad sea esta tierra americana con sus altas montañas, sus grandes rios, sus planicies dilatadas, eternamente batida en sus flancos por las olas soberbias del Pacífico y del Atlántico, y el santuario de este nuevo culto el corazón de los buenos, adonde quiera que sean conocidos su nombre y sus virtudes!

Sr. Pablo Groussac

POR LA SOCIEDAD AMIGOS DE LA EDUCACION, DE CÓRDOBA

Señores:

En nombre de la sociedad Amigos de la Educacion, de Córdoba, vengo á decir adios al que personificó durante más de medio siglo la propaganda educacionista en Sud-América; al apóstol infatigable que, despues de escribir una obra maestra llamada «Civilizacion y Barbarie» en que se planteaba el problema social argentino, emprendió heroicamente su resolucion práctica y con la espada ó la pluma, con el diario ó la escuela, enseñó cómo se amasan y transforman los elementos de la barbarie hasta convertirlos en sustancia de civilizacion.

Otros han dicho y dirán lo que representa esa figura original y grandiosa en el escenario político y literario de su país. Hoy me toca tan solo, como soldado del ejército escolar que le tuvo por jefe, proclamar una vez más la eficacia fecunda y duradera de su accion educacional. Sarmiento propagandista era la fuerza irresistible. Tenía la fé ardiente del apóstol y la férrea voluntad del conquistador: sí, la fé que transporta las montañas y la voluntad que pulveriza los obstáculos. En Chile, en Estados Unidos, en Lima ó Buenos Aires, se escuchó durante cincuenta años la voz persuasiva y autoritaria de ese Pedro el Ermitaño de la educacion, clamando por ciudades y desiertos, levantando á las muchedumbres para la conquista de la Jerusalem ideal, para la gran cruzada de la redencion popular. ¡Y el espectáculo era imponente!

Milicia ha sido su vida, hasta en su misión civilizadora y «evangélica». Gastaba energía de guerrero para su obra de concordia y pacificación. Inauguraba una escuela como si fuera un baluarte—y lo era realmente en su espíritu. Llamaba á la escuela de artes y oficios de Lima, el «corolario de Ayacucho». Su discurso inaugural de nuestra Escuela modelo parece la proclama de un general antes de la batalla. Mezcla la persuasión con la invectiva, siempre elocuente y conmovedor cuando defiende su causa predilecta; y con motivo de doctrinas ó presupuestos escolares, parece que bajara de un Sinaí, envuelto en tempestades, trayendo las tablas del decálogo educacional.

Esa gloria de haber contribuido más que argentino alguno á la victoria definitiva de la civilización, no será por nadie desconocida ni amenguada. Es discutible bajo otros aspectos: bajo el de propagandista se impone á la plena admiración. Su propaganda tenía el ímpetu prodigioso del torrente—y por causas idénticas: él también descendía de la montaña, y debía su fuerza irresistible á su elevación sobre el nivel circunvecino. Háse dicho de él en són de crítica, que su espíritu era esencialmente dominador: sin duda alguna tenía que serlo, puesto que nos dominaba!

Esos caracteres dictatoriales son necesarios en ciertas horas de la historia: como el destino antiguo, el genio soberano cumple su misión entre los pueblos, conduciendo á los unos y arrastrando á los otros. Nosotros que somos ya la posteridad, seamos respetuosos para ser justos; y recordemos que para ciertos grandes hombres, primeras víctimas de su temperamento colosal, el genio es su conciencia secreta y su primera virtud.

Señores: la obra fecunda de Sarmiento no ha concluido con su vida. Habíase esparcido en es-

tos últimos tiempos la creencia funesta de que la Nación Argentina, arrastrada en la carrera de su prosperidad material, venía olvidando ya los altos y puros ideales. Hoy venimos á desmentir magníficamente esa calumnia y demostrar que el materialismo argentino puede ser una fiebre pasajera y superficial, pero que no están contaminadas las fibras íntimas del alma nacional. La gran metrópoli comercial no existe hoy sinó para la apoteosis de un apóstol de la idea: se agrupa toda entera al rededor del féretro de un hombre pobre, de un maestro de escuela, de un escritor! Pues bien, ya que había de llegar este momento inevitable y fatal, ya que Sarmiento había tocado al término de su prolongada y gloriosa existencia, bendita sea su primera hora de inmortalidad, puesto que rasga el velo de nuestros sofismas y muestra al sol de la verdad el alma desnuda de un gran pueblo. La apoteosis de Sarmiento nos ha devuelto nuestra verdadera actitud, es la vindicacion de nuestro buen nombre; y así puede decirse que despues de muerto ha ganado su más bella victoria este nuevo Campeador. Sarmiento vivo era grande, pero su mármol estatuario se levantará mucho más arriba de lo que alcanzara en sus años de lucha y triunfo, porque cada habitante de la República entera ha traído una piedra para su glorioso pedestal.

Sr. Agustín de Vedia
—POR LOS RESIDENTES ORIENTALES
—

Señores :

Los ciudadanos uruguayos que residen en esta ciudad constituyendo en ella un centro social bajo el nombre de Club Oriental, han tenido á bien designarme para que los represente en este acto.

Queremos asociar nuestra voz á este concierto universal alzado en honor de D. Domingo Faustino Sarmiento : ese atleta robusto del pensamiento, que aun se esforzaba por mantener la liza, cuando lo ha reclamado la naturaleza, única que podía apagar la llama de su poderoso espíritu.

¿Será necesario decir los títulos que tenía Sarmiento á la consideración de los Orientales? No son propiamente los del estadista, del político ó del gobernante, sometido casi siempre á las condiciones y leyes de la sociedad en que trabaja, y encerrado en el egoísmo, á veces cruel, de las fronteras nacionales, donde acaban su acción y sus medios legales. Son, sí, los del pensador y del propagandista cuya obra no ha reconocido límites, pues ha esparcido por todo el continente la semilla fecunda de la civilización.

Admiramos sobre todo en Sarmiento al educacionista, no porque él hubiese descubierto nuevas leyes ó creado métodos y procedimientos especiales en la enseñanza, sinó por haber dado á su propaganda una alma, un sentimiento y una pasión;

por haber hecho de la educacion una obra viva y y una arma de combate. El creó el tipo de la barbarie para atacarla con más eficacia, como si pensase que estos pueblos con más imaginacion que ciencia, necesitasen que el bien y el mal se les representasen así encarnados, para excitar el amor ó provocar el ódio. Eso ha hecho Sarmiento, y acaso eso constituya la originalidad y la excelencia de su obra, considerada bajo ese aspecto.

Tienen los orientales otros motivos para honrar la memoria de Sarmiento. Si él no ha pasado en la República Uruguaya una larga parte de su vida, como en Chile; si no ha ido á conciliar en ella su último sueño, como en el Paraguay, en cambio, le envió en uno de sus propios hijos un apóstol de su doctrina, que fué más adelante de las previsiones del maestro, y dió un impulso considerable á la educacion uruguaya, sacrificándole su reposo y hasta su vida.

Pero no es esto solo. Hay algo que puede explicar aun más este movimiento de simpatía de los orientales en torno de ese féretro: es ese «algo de comun y de profundamente simpático que ha sobrevivido á la division política de estos países, tan penosamente trabajada».

Sarmiento tuvo ocasion de advertirlo en un viaje que hizo á Montevideo, ya en el ocaso de su vida. «Ese mar dulce, como lo llamó Solís, decía entónces, léjos de separarnos, tiende sus brazos á ambos lados de su lecho, para reunirnos por medio de los vapores que en horas nos hacen pasar sobre su blando y ondulado seno. Estas repúblicas que el Plata baña, fragmentos de un grande planeta roto, están compuestas de la misma materia cósmica, raza, religion, historia, lenguaje, tradiciones. . . » Todo eso tenemos en comun argentinos y orientales, y no es extraño, por lo mismo, que del otro

lado del Plata, se siga con avidez el desarrollo de la vida intelectual, y el vuelo soberano del genio en la República que un compatriota ilustre llamó «la patria grande».

Nos place representarnos á Sarmiento en un momento psicológico de su existencia: en aquel pedagogo fugitivo que escribía con carbon aquella fórmula misteriosa que no era sinó la sentencia de muerte de la tiranía y el anuncio de la redención del pensamiento y de la libertad. Queremos ver al antiguo maestro de escuela en la personalidad que se encumbra hasta la más alta magistratura política de su patria. Ese encumbramiento es como la glorificación de la causa á que consagró la mejor parte de su vida y que forma aun hoy su título más precioso á la gratitud de los pueblos. Ella es la mejor recompensa y la más hermosa corona que pueda colocarse sobre su sepulcro.

Sr. Guillermo Matta

—
POR LOS RESIDENTES CHILENOS
—

Señores:

«Tejer coronas fué obra siempre fácil,
Hallar quien las merezca es lo difícil.»

Por esta vez la profunda sentencia de Goethe, del genio poético más complejo y más universal de la Alemania, falla y pierde por entero el mérito de la exactitud.

Tal día como hoy, señores, han podido agotarse las flores todas, de todas las selvas que aún perfu-

man nuestra libre América, en la seguridad de encontrar, transformadas en guirnaldas inmortales sobre los queridos, fúnebres despojos aquí presentes, una cabeza digna de llevarlas, una cabeza que sustentó durante setenta y siete años aquello que pudo llamarse ideas de Sarmiento; pero que era simiente, fruto y flor de enseñanzas benéficas.

Yo, señores, chileno y representando á chilenos, á hijos de aquella tierra en que Sarmiento, joven cóndor aún, ensayaba el ala para prepararla á más atrevidas empresas, yo vengo también á depositar aquí nuestra humilde ofrenda: una corona que, si algo ostenta, es el brillo puro y verdadero de las flores de la gratitud mezcladas á las del más legítimo sentimiento.

Bien hubiera querido, es cierto, que otra palabra mejor autorizada que la mía, pudiese haber dado á estas flores, junto con el aroma de la elocuencia que encanta, el significado austero, solemne, de la superioridad que impone y que subyuga.

Pero ello no ha sido posible. Y yo estoy aquí y mi espíritu, al contemplar esta magnífica explosión del sentimiento de todo un pueblo, de toda una república, fulgurando sus rayos sobre la sien inerte del grande argentino, mi espíritu se detiene, retrocede y piensa... ¿Qué? Piensa que es muy pequeño su homenaje al frente de la veneración de toda América; piensa que las pruebas de su gratitud y condolencia son nada, comparadas con las que la patria del ilustre repúblico ha venido á rendirle; piensa, por último, mi espíritu, que ésta su palabra débil y opaca, nunca expresará una nota siquiera del himno majestuoso que, sonando desde las playas del Pacífico al mar Atlántico, saluda con las voces de cien ríos, á Sarmiento que entra á la inmortalidad!

El viejo adalid, al caer, ha evocado, desde el

fondo de su sepulcro, medio siglo de la historia de esta parte del continente americano; ha hecho surgir, ante el recuerdo de los pueblos agradecidos, la epopeya maravillosa de nuestras luchas, de nuestras derrotas y de nuestros triunfos. De nuestros triunfos, señores, sólidos pedestales ayer en que afianzaron Chile y la República Argentina su derecho de naciones libres y bases hoy inconmensurables sobre las que se asientan la paz y el progreso de cada una de ellas!

Acaso á muy pocos en la América puede aplicarse con más propiedad que á Sarmiento el título de gran sembrador de ideas. Hasta su postrer instante, adonde quiera que fué, en donde quiera que estuvo, llevó en sus manos, en sus lábios y en su mente esa poderosa fuerza del mundo moderno, el libro, verbo de redencion, arma y defensa en los combates de la libertad contra la tiranía, del saber contra la ignorancia.

La escuela, templo augusto de la infancia, contóle entre sus primeros y más conspicuos sacerdotes. Y en Chile, en mi patria querida, el nombre y la obra de Sarmiento cuentan más de un monumento que en forma de escuelas se levantan como elocuentes testimonios de la gratitud consagrada al benemérito proscrito.

Obrero incansable de la instruccion popular, durante más de treinta años ha estado grabando en la mente de muchas generaciones chilenas los caracteres indelebles, luminosos de su silabario; método gradual de lectura, señores, por medio del cual el mismo que habla inició su espíritu en esa cuasi divina comunión del pensamiento universal, que se llama aprender á leer!

¿Y habríamos de guardar silencio, y habríamos de acallar los impulsos del corazón en este solemne momento en que la figura material del gran ciu-

dadano vá á desaparecer por siempre de la escena de la vida?

No, señores; la gratitud de los chilenos como sus afectos, como su confraternidad, como sus nobles intenciones, debían, tenían que manifestarse en este recinto, para que en todas partes se comprendan, para que en todas partes, en fin, se estimen, porque son sinceras, por que son justas y levantadas!

¡Ilustre general Sarmiento! Al daros la despedida suprema en nombre de mis compatriotas, solo me resta repetir un voto que acaso siempre tuvo nobilísimo altar en vuestro corazón americano.— Ojalá, general, que esas banderas, la chilena y la argentina, que en armonioso abrazo se estrechan y se ligan al rededor de vuestros despojos, confundiendo sus luces en solo un haz espléndido, ojalá que siempre permanezcan así, que así queden mientras viva en la memoria de ambos pueblos vuestro nombre ilustre: eternamente!

Sr. Vicente R. D'Oliveira

—
DE LA COMISION PARAGUAYA
—

Si bien es cierto, señores, que muchas veces se derraman elogios inmerecidos sobre la tumba de los muertos, pues parece que la muerte de suyo reclamara siempre nuestra indulgencia, nuestro olvido y aun nuestro perdon, cierto es tambien que hoy no se necesita recurrir á ese triste privilegio, para hacer las más cumplidas apoteosis del abnegado maestro, del eminente publicista, del progre-

sista hombre público, del ilustre general Domingo Faustino Sarmiento.

En toda la complexion de este adalid esforzado de la civilizacion americana, adivinábase desde luego la mezcla felicísima de las más altas ideas con la firmeza de las más profundas convicciones, de la inteligencia con la fuerza, del pensamiento regenerador con las resoluciones enérgicas.

¡Admirable prodigio de la naturaleza! Equilibrar en una sola persona la idea con el hecho, la actividad de la inteligencia con la actividad de la vida, es un dón extraordinario que el Supremo hacedor prestó á Sarmiento, cuyo talento sabía volar con abiertas alas por el cielo y andar con paso resuelto y seguro por la tierra.

Por eso parecía siempre un gefe que ordenaba, y no un argumentador que discutía.

Nacido para el último combate y para el definitivo triunfo, á él se deben esas grandes reformas que no ha podido menos de respetar el tiempo; reformas que, semejantes á las gigantescas montañas que sobre el mar avanzan, han sentido el golpe de las olas sin quebrantarse, y solo han dejado oír, como el lamento indefinible de las playas, los ecos bastardos de las injustas murmuraciones.

¡Y sin embargo, tanta vida, tanta actividad, tanta energía, han sido en un momento destruidas por la muerte, que sobre ellas reposa haciendo alarde de su triunfo! Un instante ha bastado para privarnos del maestro, para robarnos el amigo, para poner entre él y nosotros un mundo entero, y el mar sin límites de la eternidad.

Mas ya que es forzoso resignarnos ante esta ironía del destino, resignémonos. El triunfo de aquella deidad maléfica y fatal no existe, cuando se lega un nombre á la fama, cuando este nombre será proclamado por la historia, cuando queda gra-

bado con caracteres imperecederos en el progreso de un pueblo, cuando á través de las edades hará palpitar de gratitud y de ternura á las nuevas generaciones, y cuando puede servir eternamente de tema á lecciones sublimes de abnegacion y de cinismo; sublimes lecciones, sí, porque no es frecuente, cual hoy sucede, trasladar á su última morada á un hombre, que despues de haber tenido en sus manos el poder y la fortuna, ha venido á morir pobre por haber vivido probo.

¡General Sarmiento! La imperceptible línea que á la vida separa de la muerte tú la pasaste en brazos de la inmortalidad y coronado por la gloria. Hé ahí por qué todos nos unimos y hermanamos para rendir justo tributo á tus méritos, méritos con que se distinguen los benefactores de la humanidad, méritos que no tienen país determinado y que imponen el yugo de su autoridad, de su ascendiente y de su prestigio á todos los corazones nobles y generosos.

Duerme en paz, seguro de que el pueblo paraguayo, que ha recogido tu último aliento, confundirá sus recuerdos y sus lágrimas por tu pérdida con los del noble pueblo argentino, que hoy recibe con profunda veneracion tus preciosos restos; duerme en paz, seguro de que de las ideas que en ambos pueblos has sembrado, brotarán á millares los laureles que hagan sombra á tu sepulcro.

¡Venerable maestro! Recibe el adios postrero del pueblo paraguayo, que con cariñoso entusiasmo acoge en su seno, como á su propio hijo, á todo espíritu innovador y decidido apóstol de la civilizacion, y vela desde la mansion en que mores sobre los destinos de aquel país, que tanto te admira, y que tú tanto has distinguido y ayudado con tu sincero afecto y tus sabios consejos.

¡Adios, nuestro sabio consejero, adios!

Dr. Venancio Lopez**PRESIDENTE DEL CENTRO PARAGUAYO**

Señores:

La muerte de Domingo Faustino Sarmiento es una pérdida para la América, y lo demuestra esta inmensa concurrencia que rodea su féretro, encontrándose representadas las nacionalidades americanas.

Esta manifestacion de profundo dolor, es un hecho significativo para nuestra América, constituida bajo el régimen democrático.

Honrar á un eminente ciudadano, á un defensor de los grandes principios de la constitucion republicana, es enaltecer las instituciones de la república y rendir un justo homenaje á las virtudes cívicas.

No hemos venido á honrar en la hora suprema de la despedida, un nombre que pasa á la historia con la aureola de las glorias de la guerra ni que se hiciera temible por sus victorias en los campos de batalla.

Sarmiento fué luchador en las lides pacíficas de la democracia y propagador infatigable de los principios republicanos en su papel de educacionista, en la prensa y como constitucionalista.

Esto constituye el más bello timbre de su vida pública.

Sarmiento pasa á la historia como un patriota y un genio extraordinario cuyo esfuerzo benéfico se ha hecho sentir dentro y fuera de su patria por espacio de medio siglo.

A semejanza del grande estadista inglés Gladstone, ha vivido lo suficiente para ver convertidas en

hechos cada una de las ideas que formaban su programa como hombre de estado.

Gobernante, abatió para siempre el caudillaje y los elementos que retardaban el progreso de la república, elementos contra los cuales luchó esforzadamente, y muere dejando á su patria en la prosperidad, afianzadas sus instituciones y en medio del desenvolvimiento intelectual y económico más prodigioso.

Educacionista, pedía la educacion para todos, la creacion de escuelas é instituciones de enseñanza con rentas propias y edificios propios, asegurándoles independencia de los movimientos políticos, como única base sólida para garantir la paz y hacer posible el gobierno del pueblo por el pueblo, convirtiendo cada ciudadano en guardian de sus libertades.

La excelencia de esos principios y la bondad de sus resultados en los pueblos que los han implantado, se manifiestan por su creciente regeneracion moral é intelectual.

Ciudadano, con honrada interpretacion y profunda fé, explicó y defendió los derechos y declaraciones consagrados en las constituciones americanas y que constituyen el dogma de las naciones libres.

El general Sarmiento probó siempre persistencia y coraje cívico, para enseñar y hacer triunfar los principios constitucionales sobre los errores de los hombres y las preocupaciones de las sociedades.

Ahora seis meses, una agrupacion europea quiere desconocer la ciudadanía natural; el ilustre ciudadano afronta valientemente el debate y con nuevas razones y antecedentes históricos, hace brillar triunfante ese principio americano por excelencia.

Atraído por la bondad del clima, el ambiente puro y perfumado de las selvas tropicales, el general Sarmiento fué al Paraguay, buscando restablecer

la salud decaída, y descanso para su espíritu fatigado en las rudas y largas luchas.

Su llegada se consideró un acontecimiento, y el pueblo paraguayo dió la bienvenida y digna hospitalidad al eminente educacionista americano.

Sarmiento era una promesa para el Paraguay; su espíritu activo é iniciador no tardó en revelarse. El país necesitaba de sus servicios, é inmediatamente se hizo sentir su accion benéfica y fecunda: reforma de los programas y planes de enseñanza, fundacion de la biblioteca nacional, creacion de la superintendencia de escuelas: señaló nuevos rumbos al comercio y á la agricultura, prestigió nuevas industrias, ilustró con sus escritos la prensa asuncena: estas son las obras que deja en el Paraguay durante su corta permanencia.

Allí vivirá Sarmiento por sus ideas, por sus obras y por el bien que hizo á cuatro repúblicas cuyas banderas envuelven el cadáver de tan ilustre ciudadano.

El Centro paraguayo dedica esta placa á su finado socio honorario, como un homenaje de respeto y de las simpatías de sus connacionales.

Sr. Juan Silvano Godoy

—
DEL CENTRO PARAGUAYO
—

Señores:

Un acontecimiento infausto y doloroso, que ha enmudecido el sentimiento argentino, envolviendo en luto la bandera de la patria, nos agrupa con

el corazón quebrantado al rededor de este féretro, para dar el solemne y cariñoso adios al que en vida se llamó Domingo Faustino Sarmiento.

Ya no volveremos á escuchar la palabra elocuente del gran ciudadano, ni volveremos á leer los notables artículos ilustrados por el genio potente del atleta del periodismo.

El aliento vigoroso que cual trompa bélica resonaba en los gabinetes de estado, los parlamentos, los ministerios, los congresos internacionales, las academias y centros de educacion, difundiendo la instruccion, los sanos principios y las virtudes republicanas, acaba de extinguirse eternamente.

Ha muerto ausente del hogar, fuera del cariño de la familia argentina. No le ha cabido el consuelo, como á Mirabeau, de verse estrechado por tantos brazos queridos, de sentir el calor, la palpitacion de tantos corazones amigos, y de percibir el estremecimiento y la conmocion profunda de las muchedumbres apenadas, que llenarían las calles, los patios y los contornos de su casa y cuyas lágrimas y gemidos, alcanzarían hasta el pié de su lecho de muerte en sus postrimeros momentos.

Y sin embargo, señores, nadie con mayores títulos para exclamar con el tribuno francés á los que velaban su última hora: «Sostened esta cabeza, la más fuerte de mi patria, porque ella cimentó por siempre sobre el suelo argentino la instruccion y la libertad.»

Cincuenta años de servicios eminentes al país, la consagracion absoluta de sus mejores dias, dedicacion eficiente de sus aptitudes y talento privilegiado, unido á una honradez acrisolada, un carácter viril, una voluntad incontrastable y una fé jamás desmentida, le han merecido al general Sarmiento bien de la patria y gratitud perdurable de sus ciudadanos.

Él no ha visto el horizonte enrojecido á la luz de los incendios, las ciudades devastadas y reducidas á pavesa, las mieses de los campos con sus frutos calcinados por el acero y el fuego de la metralla. Sus ejércitos no han paseado por las arenas candentes de los trópicos, ni el paso de sus legiones ha ensordecido la tierra al cruzar las sábanas blanqueadas de huesos humanos—como Bolívar y San Martín.

Su gloria al menos no perteneció á este género. Aquellos habían nacido para nuestras revoluciones coloniales y fueron los fundadores de la independencia americana;—éste vino á la vida en la aurora de la emancipación, y fué el paladín de las revoluciones políticas y uno de los organizadores del sistema institucional argentino.

Era empero antes que todo, hombre de pensamiento; su poder consistía en la idea y en su pluma. Y si bien concurrió alguna vez á los campos de batalla, fué en épocas de mengua para la dignidad del argentino, á fin de salvar un principio comprometido, ó cuando ejerciendo la suprema magistratura, se veía obligado á proceder á nombre de la ley fundamental de la república.

Poseía en alto grado el instinto del genio, que ve las cosas á gran distancia, presiente la aproximación de los acontecimientos históricos, y arranca por un esfuerzo de imaginación los sucesos futuros á los arcanos del porvenir. Así fué que después de haber herido de muerte la dictadura de Rosas con su inmortal *Facundo*, preparó con otras publicaciones de no menor influencia, el pronunciamiento del general Urquiza y la caída de la tiranía el 3 de Febrero.

Sarmiento ocupa un puesto culminante en el vasto escenario de la Era constitucional, desde 1852.

Su obra es de tales proyecciones y su acción tan múltiple y fundamental, que no me propondré pasársela en revista en la reducida proporción de una breve oración. Esa tarea ha de ser materia de un libro, y queda confiada al reconocimiento de la posteridad.

Pero si en mi anhelo de presentaros caracterizada en síntesis la imponente misión, cumplida por el hombre extraordinario cuya pérdida lloramos, me fuese permitido valerme de un ejemplo antiguo, yo evocaría un pasaje de la historia prodigiosa de Macedonia.

El hijo de Felipe llevó un día la civilización griega con sus ciencias y sus artes desde los confines de Libia á las orillas del Ganges, y desde los valles del Iasarte hasta el Océano Índico. Y después de haber delineado la dominación más vasta que la espada del conquistador haya fundado en la historia de los siglos, muere en la capital del imperio Asirio, reconstruido por él, y sus restos son conducidos durante dos años por entre ceremonias fúnebres y cánticos sagrados al monumento donde debían reposar.

Las conquistas realizadas por Sarmiento mediante la acción de su patriotismo, de sus libros, su propaganda y su palabra son más trascendentales, más fecundas, más útiles, y serán más duraderas por que tienen por objetivo la libertad, la justicia, el progreso, el respeto de la dignidad humana;—y también más vastas, puesto que reconocen por teatro el mundo civilizado de dos hemisferios.

Como el héroe macedónico, ha muerto lejos de la tierra que le vió nacer; y su cuerpo envuelto en tres banderas es transportado con pompa marcial en buques de guerra de la armada nacional, para que reciba los honores de un triunfador romano, dicitos por el pueblo y gobierno de su patria, y des-

canse rodeado del respeto y de la gratitud de sus compatriotas.

Cuando en 1845 emprendía desde Chile, un viaje de estudio á Europa y Norte América, conoció en su paso por Montevideo á los representantes de aquel viejo partido unitario, que en las épocas del naufragio general, había sido el salvador de las instituciones argentinas cuyo depósito santo defendían con las armas en la mano, dentro de los muros de la nueva Troya.

Allí, en medio de esa pléyade brillante distinguió el perspicaz viajero al jóven oficial Bartolomé Mitre, en cuya noble frente, velada por las tristezas de la nostalgia, percibió claramente su privilegiado destino. Y ambos en un abrazo fraternal, poseídos de la embriaguez sagrada, juraron por su honor en presencia del Dios único, dedicar sus días y sus vidas á la libertad y organizacion de la patria.

Hoy el general Sarmiento ha partido primero, despues de haber cumplido su juramento con medio siglo de servicios esclarecidos, excediéndose tal vez de lo que la madre cariñosa, única deidad de sus amores, debió legítimamente pedirle.

La historia nos dirá que como estadista fué más práctico que Rivadavia, como periodista más ilustrado que Moreno. Que como escritor tenía la originalidad novedosa de Disraeli y tambien su asombrosa fecundidad.

En su conjunto de hombre público reunió la intensa visual de Gladstone, el carácter sencillo, emprendedor y comunicativo de Franklin, la laboriosidad administrativa, el espíritu de orden y la seguridad de planes de D. Manuel Montt. Pero con quien principalmente tuvo analogias singulares, fué con D. Diego Portales, á quien conoció y trató en Chile.

Poseia su energía despiadada é inflexible, su rápido y certero golpe de vista, su instantaneidad pasmosa para concebir y ejecutar, su patriotismo levantado y fascinador, su altivez autoritaria y dictatorial, sus calidades y talento para iniciar, crear y dirigir.

Como Portales, gobernó con mano fuerte á la luz del día, desde la plaza pública, sin guardar misterio de sus actos, asumiendo resueltamente con lealtad, su responsabilidad ante la nación que lo observaba, diciendo: SOY YO, ES MI ÓRDEN, YO MANDÉ.

Como aquel, enemigo implacable de la anarquía y las banderías, sin perdonar medios, persiguió, estrechó y abatió definitivamente el caudillaje en el territorio de la república.

El nombre de Domingo Faustino Sarmiento queda escrito donde quiera se dirija la vista. Las instituciones y la riqueza públicas, la acumulacion de inmensos recursos y empresas colosales, la cultura y el progreso actual, los grandes centros y establecimientos que atestiguan la civilizacion y el adelanto argentinos, llevan el grano de arena, si no la iniciativa del gran estadista.

Señores: al retirarnos de este recinto llevemos en el corazón angustiado, el consuelo al ménos, de que no será la última vez que nos congreguemos á rendir homenaje al ilustre patricio.

Pronto sonará otra hora, menos triste, no ya de luto y de dolor, sino de cánticos triunfales, que nos reuna al pié del bronce esculpido al llamado de la justicia póstuma para librar su memoria á los resplandores eternos de la inmortalidad.

Sr. José María Torres

—

POR LOS COLEGIOS Y ESCUELAS NORMALES

Señores:

Los colegios y las escuelas normales de la república me han honrado con el encargo de representarlos en esta grandiosa ceremonia de duelo nacional; y yo, con profundo respeto y con dolor, inclino mi frente ante los restos mortales que en vida obedecieron al espíritu más activo, más infatigable y más fecundo que he conocido.

La historia de un hombre cuya mente ha manifestado poderes trascendentales, siempre será interesante. Si la conducta y la gloria de su vida han atraído admiración extraordinaria, habrá en las generaciones venideras un natural deseo de conocer la historia de tal vida, que es importantísima para la juventud que ahora recibe la educación que ha de guiarla. Si ciertos estudios le condujeron al buen éxito de los difíciles trabajos que emprendía, lógico será inferir que semejantes estudios podrán ejercer una correspondiente influencia en los trabajos de otros hombres. Si su vida fué empleada en muchas y excelentes obras patrióticas, bueno será que otros lo imiten. Si su educación le cultivó la mente para que floreciese con vigor aun en la ancianidad, provechoso será inquirir cómo se educó. Cuando un hombre se ha elevado de una modesta posición social á una carrera tan brillante como la del insigne americano D. Domingo Faustino Sarmiento, la fuerza de su ejemplo habla con voz que impone atención universal.

El vulgo se inclina á creer que todo perfecciona-

miento del esfuerzo humano es producido por el genio, y que el genio y el trabajo son incompatibles; pero no puede haber creencia más fatal que esta para los títulos de la verdadera grandeza, y en ningún período de la vida es tan dañoso ese error como en la juventud. Escribir una breve y auténtica relación de los hábitos de estudio de los hombres más ilustres, sería obra por todo extremo provechosa; pues no solo mostraría que los grandes hombres son superiores á los demás porque han hecho más importantes trabajos, sino que añadiría otras pruebas á las muchas que ya existen de que la verdadera gloria es el trabajo.

Las poderosas facultades con que al cielo place dotar á ciertos seres humanos, se debilitarían, inevitablemente, bajo la influencia de la pereza; mientras que el trabajo duplica los talentos, y asegura los hábitos de acción mental que son absolutamente indispensables para el progreso del humano entendimiento.

Ningun jóven que desprecie el trabajo conquistará renombre, por muy sobresaliente que sea su talento. Los músculos y los tendones más vigorosos se atrofian en la inacción; pero el herrero, á la luz de su fuliginosa fragua, muestra brazos robustos y tendones como el acero con que trabaja. Las facultades mentales más poderosas se debilitan, y los mejores propósitos vacilan, cuando el ocio se hace habitual; pero la mente sana que se acostumbra á inclinarse á sus trabajos, adquiere vigor para proseguirlos con firmeza y perseverancia.

Las múltiples manifestaciones de la vida del eminente ciudadano Sarmiento han sido lecciones que la juventud debe aprender. Durante más de medio siglo trabajó con energía y éxitos felices, ora como maestro, y maestro de maestros, y como escritor propagandista de la educación popular,—ora como

soldado literato, defendiendo con su espada y con su pluma la libertad y la civilizacion, y venciendo despotismos y anarquias,—ora como publicista, y como orador, y como estadista, promoviendo el adelanto político, moral, intelectual y material de la patria que tiene la gloria de contarle entre sus más ilustres varones extintos.

Señores:

En nombre de la escuela normal nacional del Paraná y del colegio y escuelas normales de Catamarca, tengo el honor de poner esta corona en la tumba del preclaro educacionista.

Descanse en paz el alma del inclito patricio, que, aun en los últimos dias de su vida, fué incansable promotor del progreso de la civilizacion argentina.

Sr. Andrés Ferreyra

POR LOS MAESTROS DE LA CAPITAL

Hubo un hombre, señores, en América, hijo predilecto de la democracia argentina, Demóstenes de sus parlamentos, Pestalozzi de sus escuelas, genio múltiple que sin dejar de su diestra la espada de Marte, blandiera en todas direcciones con bravura la espada de acero de la palabra: contra las tiranías por el pueblo, contra las tradiciones por el derecho, contra los conservadores por la reforma, contra las pasiones por los principios, contra todo lo que no respondía á sus luminosas intenciones.

Ese hombre ha triunfado, dejando en la guerra y en la paz, en el estado y en el pueblo, en las ciencias y en las letras, el sello indeleble de su

potencia creadora. Debía morir para triunfar y ha muerto agobiado por los años, no por la lucha, porque su espíritu se ha retirado joven de su cuerpo. El mundo sabe quien fué, porque no es posible confundirlo. Sarmiento se define al nombrarlo y si mañana oímos narrar la apoteosis de un gigante de la tierra, diremos maquinalmente: *Sarmiento*.

Pálido boceto de su historia se haría, buscándole términos de comparacion en la tierra: como el cometa de espléndida y brillante cabellera que ha llegado á su apogeo, al punto más lejano de la tierra, escapa á nuestras miradas, á nuestros estudios, á nuestros juicios.

Su perigeo ha sido hermosísimo, continuo, puede decirse que ha tocado un solo punto, que ha tenido una sola fase en su inmensa evolucion y que antes de perderse y enfriarse en los espacios infinitos, ha caldeado para siempre con las irradiaciones de su genio la tierra de Mayo.

Ha salvado majestuosamente su órbita, haciendo desviar á su paso colosales escollos que se oponían á sus inspirados instintos en su vasto escenario, ó produciendo choques violentos sin comprometer en nada la armonía y engranaje del sistema social.

¡No en vano se le ha llamado el Canciller de Hierro de la América latina!

Ya le veis alejado de nosotros en la region desconocida, frío, inanimado, remontada su parábola.....

Pero vengamos á la tierra, que ni el vuelo de las águilas podría seguirle á los espacios donde va.

Su sombra colosal enluta allende las Misiones, el Plata, las cordilleras y el estrecho, porque Sarmiento proyecta la sombra del genio.

¡Sí! del genio, porque solo los genios reforman, regeneran, animan y conmueven la vida social, y

al extinguirse como los soles ardientes en el espacio, dejan las irradiaciones de su calor que se transforma en luz, para las generaciones reconocidas.

Sarmiento es un genio porque incandece en sus obras despues de la muerte y solamente los soles incandecen.

Morir para vivir es la paradoja del genio; Sarmiento ha muerto, pero vive.

.....
Y este argentino excepcional, llegó á verter lágrimas de emulacion sobre los restos de Rivadavia, dudando de que sus conciudadanos le creyéramos digno al morir de una manifestacion infantil semejante á la que hacia las exequias de aquel gran patricio.

¡Qué mezcla misteriosa de sencillez y grandeza!
Hoy se colman las nobles ambiciones de su alma; niños, conciudadanos, magistrados y naciones, todos tienen deberes que llenar ante sus restos mortales.

Hé aquí porqué al concurrir á este torneo de duelo, en representacion del magisterio de la capital, no sé quién tiene más derechos á lamentar su pérdida, no sé á quién dar el pésame. ¡Son tan numerosos los deudos de D. Domingo F. Sarmiento!

Ante su tumba nadie puede alegar mejores derechos; todos se inclinan con respeto y hasta las pasiones políticas vienen á deponer sus enconos. Es que la muerte agiganta la falta de los hombres grandes al presentarlos á la posteridad despojados del ambiente viciado que empañaba sus virtudes.

Señores: En nombre de los maestros de la capital, tengo que asociarme al sentimiento humano porque en Sarmiento se encarnaban las pasiones grandes, las sublimes instituciones, la voluntad inquebrantable; me asocio al sentimiento nacional

que despierta el extinto benemérito de la patria en cuyas aras ofreció el holocausto de su hermosa vida cívica; comparto el duelo de la literatura que cultivó con rasgos originales de su espíritu audaz, innovador y sublime; me asocio al luto del periodismo argentino que ha visto desaparecer de sus columnas la palabra del viejo luchador; me lamento con la democracia que ha perdido el atleta de sus parlamentos, á un ex-presidente en quien se ensayó más libre la soberanía popular, al héroe enemigo de la tiranía, al fiel apóstol de los principios constitucionales; me asocio al reconocimiento de los pueblos americanos para quienes consagró el principio que la *victoria no dá derechos*, y como maestro me asocio al duelo de la instrucción popular, á la cual dedicó como sabio, como autoridad y hasta como rudo operario, la labor más constante, eficaz y notable de su vida.

Sr. Manuel Cabral

POR EL CONSEJO DE EDUCACION DE CORRIENTES

Señores: Alcemos la frente para recibir los resplandores de esta gloria. Sol alejado para más no volver, envuelto en sus propias irradiaciones, se distancia de nosotros para mostrarse á las generaciones venideras como estrella de luz serena, inspirando ya únicamente sosegado cariño, librando al hombre de las ofuscaciones que trae la luz del medio día, y despertando el amoroso recojimiento de las noches estrelladas, impregnado el

espíritu del sabor del infinito. Así como estrella fulgurante es la inmortalidad.

Cuando fué su aurora, á todo un mundo llenaba el estridor de las batallas. Entonces no se bebía el miedo, porque las madres amamantaban en medio de espasmos que les producía el contagio de la libertad. Sobre la infancia de aquellos hombres se columpiaban las canciones de la patria, jurándose vivir coronados de gloria eterna ó morir, con eterna gloria.

Su ocaso transitorio ya se ve: los pueblos de la tierra asociándose al duelo nacional; el Paraguay que le asiste, le acompaña en su última despedida; el litoral argentino parece agotar las flores de sus selvas sin medida, para cubrirle de guirnaldas á su paso; Corrientes que le contempla, le alza, le acaricia, y siente como aquel romano, no tener una sola cabeza y dos brazos solos, para estrecharle en inmortal abrazo; Entre-Ríos, Santa-Fé, Buenos Aires, el argentino, el extranjero, vienen aquí para rendirle homenaje, para aprender de su vida, para vivir por su patria.

Y también le despiden esos seres cuyas voces suenan para los que sienten como las notas de los instrumentos eólicos; esos seres que gimen y que lloran cuando los pulsan otras manos, como las cuerdas del arpa, que gimen y que lloran porque saben, porque sienten que mucho los ha amado el que no vive. ¿Quereis mejor mármol para el prócer, que el cuadro perpétuo del muchacho deletreando en su cartilla?

Hombre era el que ha muerto, de aquellos que por su probidad, por las múltiples manifestaciones de su inteligencia y por el sencillo afecto que manaba de su alma, hacía todos los párvulos. Hombre era el que ha muerto, de los que dejan su

nombre como los dioses lares del antiguo, protectores del hogar y de la raza,

La civilización difundida ha suprimido el mito; el medio ambiente en que se desarrolla nuestra organización nacional, el reinado de la historia crítica y el imperio de los estudios sociológicos, troncharon los versos alados con que tejen las pueblos sus leyendas; pero propiciaron el advenimiento del Homero de nuestra reconstrucción nacional. Porque Iliada y Odisea son las obras de Sarmiento para el argentino. En ellas están retratados el suelo, la sociedad y los héroes; allí están los sufrimientos y las esperanzas nacionales; allí nuestros dioses y creencias. Aquello es poema: poema de la mitad del siglo XIX, nacido de un pueblo de gestación extraña; niño y nombre, héroe y poeta, salvaje y culto; poema hecho para el pueblo que necesitaba oír cuentos como el niño, reflexionar como el hombre, nutrirse de hazañas como el héroe, cantar con el poeta, gritar como el salvaje y argumentar con los letrados.

Poeta era el hombre, y es con arranque de la poesía sublime que se revela el genio.

Trepaba los Andes, porque estaba insegura su vida. En el hueco de las peñas zumbaban los ecos triunfales de la edad pasada; había fragor de ejércitos en las cumbres desoladas; rodaba viento de epopeya por aquella inmensidad.

Allí brilló la espada que separara los gobiernos de medio mundo del dominio de los reyes, y escuchándose y sondeando que era un esclavo de sus preocupaciones el americano, con fé en la redención humana, mirando hacia la patria con la agitación del presente y las adivinaciones del porvenir, escribió en el desfiladero mudo: *No se matan las ideas!* tomando á Dios por testigo, la memoria de los héroes y las altas cordilleras.

Aquella generacion intrépida, como la que ya declinaba despues de su trayectoria luminosa, tuvieron virilidad suficiente, la segunda, para formar naciones soberanas en un medio continente; la primera, para sembrar esas mismas extensiones con las semillas de su inteligencia, provocando y sosteniendo las guerras de la emancipacion de las ideas. Y ¿por qué nuestra generacion ha de ser tan pequeña que no solamente no claree los cielos distantes de las repúblicas hermanas, sinó que está como vacilando para las necesidades nacionales? —¿Será que es menos grande la época?— ¡Cobardía de error! La arena de la lucha está extendida y para lavar de sus manchas el nombre americano y para enseñar que no degeneramos, formulo sobre vuestra tumba, ¡oh, maestro infatigable! la aspiracion de esta juventud sedienta de libertad y de purezas, robustos nos haremos de cuerpo y alma, nos educaremos para equilibrar la nacionalidad que habeis organizado con vuestros ilustres camaradas. Leeremos, realizaremos la Biblioteca Internacional para fortalecer nuestro cerebro todavía débil de ciencia y para la ciencia, y no buscaremos la profundidad con mengua de la verdad, cómplice de los descréditos americanos.

En su ley murió : enseñando. Y como simienta de bien es la muerte de los que han regado con flores de amor y con frutos de talento su vida. A ser hombres y argentinos nos ha enseñado Sarmiento. A la escuela nos ha empujado. A la patria, como á madre, no la ha regalado rosario, sinó cartilla, que es evangelio; no la ha mimado ni servido de ella como de hermana, sinó que la ha puesto la labor en la mano con las caricias que son aliento; como amiga la ha querido, como amiga que se quiere y que da aleteos al alma; pero que no se la toca. No como los partidos que no aman

de veras, y á la patria quieren como querida. Rabiosos son con el deseo y se la disputan con furor insano. Pero es amarga la decepcion del goce cuando no se ha amado, é infecundas por eso las ventajas del que domina. Su existencia fué como dominio y su dominio, cosecha, porque amó de veras.

Misterioso es el soplo que impele; y misteriosa la cadena que enlaza las almas. Juraba el maestro por la simpatia del espíritu y como de providencia es su muerte en el seno de la América. Anima hay, de Dominguito, en el Paraguay, y allí todavía plañe la sombra del aborígen, sofocada por el recuerdo de la conquista, y era precisa allá la presencia del obrero sin miedo y sin reproche.

Misterioso es el soplo que impele y misteriosa la cadena que unifica las almas. Salió de la mar un ruido como hálito de creacion. El Cerro glorioso se miró en las aguas. y la tierra avanzó para la salutacion. Dobló el monte la cabeza y las criaturas de la patria entonaron himno de redencion. El númen está aquí de los patricios que fueron y reposan todavía al otro lado de la mar. Llegó para partir con el espíritu que tambien endiosó la idea americana.

Cumplimos la mision que nos trajo de Corrientes. El consejo de educacion que me ha enviado seguirá las huellas del maestro insuperable y los estudiantes del colegio nacional, vestidos con los colores del estandarte de la patria, han jurado ante su tumba sagrada, han jurado consagrarse, como se consagró él, á defender eternamente el honor de la bandera.

Sr. Martín Posse

POR LA ESCUELA NORMAL DE SAN NICOLÁS

Señores: En nombre del personal docente de la escuela normal de San Nicolás, séame permitido dirigirme á ese féretro que contiene los restos mortales de aquel ilustre varon que en vida se llamaba Domingo Faustino Sarmiento.

General Sarmiento.—Están aquí los representantes de una de vuestras escuelas, que vienen á daros el último adios, y para asociarse al sentimiento nacional.

Están aquí los que siguiendo vuestros consejos, continúan vuestra obra, la obra de regenerar la especie humana por medio de la educacion comun.

Están aquí en su caracter de directores de maestras norte americanas, de aquellas que tanto recomendabais, y que vienen á tributaros un homenaje de gratitud, con la misma uncion con que invocan los manes de Horacio Mann, vuestro amigo en la vida, vuestro amigo en la inmortalidad.

Tambien está aquí la juventud nicoleña, para deponer sobre vuestro ataud una ofrenda de su corazon, porque os considera el padre intelectual de las generaciones argentinas.

Dentro de poco estareis en la capital federal, donde veintiseis mil de aquellos niños que tanto cuidabais por que no cayera de sus manos el libro de la ciencia y del deber, vendrán á cubrir de flores vuestro sepulcro.

Compañeros: Como postrer despedida, coloquemos flores sobre esta tumba idolatrada, por que ella simboliza las glorias más puras de la patria.

Dr. Agustín P. Justo
—POR EL PUEBLO NICOLEÑO
—

Señores:

Cuando los pueblos honran á los grandes servidores de su libertad, levantan tronos á la virtud y fulminan desde el santuario inviolable de su conciencia el anatema perdurable con que marcan eternamente á los malvados.

Tal es la mision que hoy realiza esta noble agrupacion humana rindiendo en masa público homenaje al más grande amigo de la luz, al más formidable enemigo del oscurantismo y la barbarie, en estos últimos tiempos, en el Rio de la Plata.

El hombre que encarna la gloria viviente más pura y más grande de la América contemporánea, juzgando con abstraccion de sí mismo al varon ilustre cuya tumba recién abierta mantiene en duelo á la nacion entera; un hombre inferior á Sarmiento como literato original, su igual y á su mismo nivel como estadista, pero muy superior como hombre político, acaba de decir: «El apellido basta para saber de quien se trata, porque no hay más que un Sarmiento, como no hay más que un sol entre la multitud de soles que pueblan el espacio inconmensurable».

Un notable publicista de estos paises ha dicho que es tan activa la vida de las democracias, que sus grandes hombres tienen el extraño privilegio de asistir en vida al espectáculo de su propia posteridad. Medio siglo de labor intelectual incesante, de lucha contra hombres, cosas y acontecimientos, batalla, en fin, que sustenta el génio contra todo lo que quiere amurallararlo en su camino, ha permitido

que este gran gladiador fuese saludado antes de caer rendido por el tiempo en su arena de combate, por doscientos mil niños que arrebatados á la ignorancia servirán en el futuro para realizar la vida libre en esta tierra, cuyos límites geográficos trazó con la punta de su espada el gran capitán del nuevo mundo, cubre con sus pliegues la gloriosa bandera de Belgrano, agita el pensamiento de Moreno y hace fecunda la obra de Rivadavia en el pasado y de Mitre en el presente.

Cuando el océano, en su vasta inmensidad, siéntese agitado por el ala del huracán que pasa rugiente, ni una sola de las gotas que forman su caudal escapa al estremecimiento: tal así, señores, sucede con el genio de los grandes benefactores de la humanidad, quienes al desaparecer del escenario de la vida conmueven hondamente alma por alma, fibra por fibra, el corazón y la cabeza del hombre, de la familia, del pueblo, de la nación y de la humanidad.

San Juan, uno de los pueblos más dignos y varoniles de la república, sirvióle de cuna; ambas Américas fueron el campo de su acción fecunda y el único teatro digno de su genio y de su gloria.

El espectáculo imponente que se desenvuelve en estos momentos ante nuestros ojos, dá claro é inequívoco testimonio de su inmortalidad. Saludan su memoria los niños á millares, misioneros sublimes encargados de llevar á lo porvenir el nombre de quien más trabajó para que se hiciese la luz en la tiniebla de sus almas elementales.

Marchitaránse las flores que la mano de la inocencia depone hoy entre lágrimas en este túmulo en homenaje á la memoria de este varón eminente, que después de una vida azarosa de lucha, de agitación y de combate, prolongada por más de medio siglo, ha cerrado los ojos á la luz de la vida á los

setenta y ocho años, sentado, sereno y tranquilo á la sombra de su propia miseria, porque nunca se preocupó de sí mismo, consagrando segundo por segundo su larga y útil existencia á vestir con el brillante ropaje de las ideas la conciencia de las nuevas generaciones que llevan en su cerebro escondido, como la nube tempestuosa el rayo en su seno, el pensamiento que ha de herir de muerte, día más día ménos, á todas las tiranías de nuestra patria.

En presencia de ese sepulcro recién abierto, ante cuya lápida lloran los pueblos argentinos, asóciáanse á nuestro duelo las repúblicas del continente disputándose muchas de ellas el honor de envolver entre los pliegues gloriosos de sus respectivas banderas las cenizas todavía calientes de tan preclaro ingenio.

En presencia, señores, de este imponente detalle de la apoteosis de Domingo Faustino Sarmiento que estamos contemplando, podemos repetir con Dalmacio Velez Sarsfield, el más grande jurisconsulto de la América del Sud, las palabras por él vertidas ante el féretro del general José María Paz, el primero de nuestros tácticos y estratégicos durante el largo y luctuoso período de la revolución civil argentina: «No hay lágrimas bastantes para tanto duelo».

Todos los gremios sociales aquí representados, nacionales y extranjeros, niños y niñas, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, todo, señores, nos está advirtiendo con muda pero sublime elocuencia, que esta apoteosis no es más que la línea divisoria entre la lápida del sepulcro del varon ilustre que que todos lloramos perdido para siempre, y la historia, esa madre cariñosa que con sus inmortales brazos siempre abiertos aguarda para acariciar en su eterno regazo á uno de los espíritus más fuertes

que se hayan agitado en todo el mundo en nuestro siglo.

Dejemos, pues, señores, despues de haber cumplido como pueblo libre el deber de honrar el genio y la virtud de uno de nuestros más grandes hombres, que la historia, en cuyos dinteles lo abandonamos, repita á la más lejana posteridad su nombre querido é inolvidable, que simbolizará en los siglos la victoria de la escuela y de la libertad sobre la tiranía y la barbarie.

Doctor Isafas Gil

Señores :

Yo he pensado mucho en Sarmiento. En mi adolescencia yo veneraba su nombre y contemplaba su fama con esa noble ansiedad de modelos que es propia solo de la juventud primera.

No lo conocía; pero él era mi maestro y mi ideal en el arte de sentir y de expresar la belleza.

Qué hombre tan extraño, me decía, qué modo de sentir tan regular, qué violacion tan frecuente de las formas que estudiamos en las aulas, y sin embargo, ¡qué superioridad en los resultados! ¿quién arranca al idioma sonidos más enérgicos, ni quién conmueve y apasiona más?

Yo no calificaba de sabio á Sarmiento, ni de mayor inteligencia que la de otros hombres, ni siquiera de hombre erudito; yo no podia juzgar sobre estas cosas, pero siempre me ha parecido Sarmiento un hombre que no era como los demás, un hombre extraño y singular que me deleitaba como ninguno con sus ideas originalísimas.

Despues lo he visto desplegar su compleja acti-

vidad en la inmensa órbita que ha recorrido su larga vida en provecho de la civilizaci3n, de la libertad y de la literatura americana, y he podido admirarlo como inteligencia superior, como instrucci3n vastísima y como genio supremo.

Pero siempre dominaba mi juicio sobre Sarmiento el carácter con que se formó mi concepci3n primera—su calidad de hombre singular, su diferencia de los demás hombres.

Sarmiento no ha tenido solamente una inteligencia superior ; su inteligencia, su modo de sentir, su congenio son diferentes, es como debe decirse. Sarmiento no era mesurable con nosotros: estaba colocado en un plano distinto: Sarmiento era solo.

Ahora, despejada su personalidad de las brumas de la vida, esclarecido el criterio de sus jueces entre la diáfana severidad del sepulcro, ¿cuál es el juicio que debe hacerse de este hombre extraordinario?

Para mí, ese juicio está condensado en esta fórmula: Sarmiento es el civilizador de la América latina.

Sarmiento no ha pertenecido á ninguna escuela ; Sarmiento no ha pertenecido á ninguna ciencia, y sin embargo y por lo mismo, Sarmiento ha sido el civilizador de América.

Civilizar no es instruir; civilizar es despreocupar, es combatir la superstici3n, es destruir los resabios del pasado, es inspirar á la libertad la confianza en sí misma, es purificar el criterio intelectual de los pueblos, es, en una palabra, dignificar la inteligencia humana, y es esto precisamente lo que ha hecho Sarmiento en América.

Llamarle sabio sería empequeñecerlo. El sabio no hace sinó adelantar la ciencia que profesa, y la misi3n de Sarmiento, que ha cumplido en

cuanto cabe á la vida de un hombre, ha sido mucho más amplia,—colocar el entendimiento americano, libertándolo de las fuerzas perturbadoras de su propio movimiento, en la situación indispensable para su desarrollo espontáneo.

Es cosa averiguada que en ciertas épocas se sirve mejor el espíritu humano destruyendo que fundando. Si se le deja libre, él tiene una fuerza prodigiosa de expansion y no necesita de otro estímulo que su propia libertad.

Ha sido necesario crear ciencias para destruir. Una de las ciencias sociales más importantes, á la que debe la humanidad mayores servicios, tiene por principal objeto destruir los errores que trae siempre consigo una dirección artificial de la actividad humana; y su último postulado es—dejad hacer, dejad pasar.

Destruía las trabas artificiales del espíritu despreocupado, purificando su criterio; hé ahí la obra grande y hé ahí la gloria que yo reivindicaría para Sarmiento si la América no hubiese ya pronunciado su juicio reconociéndosela.

Para desempeñar tan alta mision se requiere ser precisamente lo que era Sarmiento—poderosa voluntad, conocimiento intuitivo de la naturaleza humana; ninguna escuela, para no vincularse mucho con el pasado; ninguna ciencia especial, para no estrecharse demasiado, y esa confianza en sí mismo y esa vision del porvenir que caracteriza el genio.

Es este el juicio que la historia hará sobre Sarmiento.

Seria un error, y además una injusticia personal, juzgar á Sarmiento en sus relaciones como hombre individual. ¿Quién ha juzgado á Napoleon como hombre honrado, como padre de familia, como esposo ó como amigo?

Estos moldes son siempre estrechos para los hombres de genio.

Sarmiento en estas relaciones no tenta más virtudes que las que implican grandeza ni rechazaba otros defectos que los que son hijos de la bajeza ó pequeñez del alma.

Sarmiento fué hombre honrado, y su administracion como gefe de la República, fué un modelo de probidad; pero él nunca hizo de estas virtudes un objetivo sistemático. Sarmiento fué probo, simplemente porque el robo es un vicio demasiado bajo y humano.

En cambio, y como consecuencia natural de la escasez de puntos de contacto con el carácter general de los hombres, Sarmiento no ha sido ni ha podido ser un caudillo ni un hombre popular.

Ha sido honrado en su tumba como no lo fué jamás ningun argentino ilustre, pero no ha sido amado por las multitudes.

Poblaciones en masa, atraídas por su gloria, han corrido á la ribera para presenciar el paso de la nave que conducía á la patria su cuerpo inanimado; pero su muerte no les ha arrancado esos gritos de dolor que lanzan las turbas populares por la pérdida de un gefe querido.

La república entera se ha conmovido ante la majestad del sepulcro, pero no se ha consternado.

Y el pueblo se agolpa hoy sobre su féretro; pero casi como si asistiese á una fiesta nacional.

Podríamos decir que la luz que surge de su inmortalidad gloriosa, llena de satisfaccion á la patria y hace imposible los intensos dolores.

Yo he conocido á Sarmiento en sus últimos años, en esa edad que él calificó alguna vez de *altas horas de la vida*. Yo le he debido muchas distinciones, y aun he tenido el honor de que me llamara su amigo.

En medio de su trato familiar la admiracion habia desalojado mi espíritu para dar lugar á las tiernas solicitudes y al temor que inspiraba una perspectiva cuyos limites deseaba en vano dilatar.

Cuando me anunció su último viaje al Paraguay tuve el presentimiento de que su vida terminaría en aquellas regiones y no me resolví á verle en su partida por última vez.

Él debió tambien tener el mismo presentimiento. Cuando perdía ya de vista á Buenos Aires, dijo estas palabras: Pueblo feliz actual, asiento del progreso humano, *morituri te salutant*.

Estas palabras del circo romano, síntoma de la degradacion más abyecta del hombre en una civilizacion caduca, son en boca de Sarmiento la prueba de una alta cultura intelectual, indispensable para esa sublime resignacion ante la fatalidad de una ley de la que él se sentía próxima víctima.

Ya la ley se cumplió. Sarmiento ha caido ya en esa catarata sin ruidos que forma el río de la vida al precipitarse en la mansion del silencio y de las quietas ondas; y ya podemos contemplar las dimensiones colosales que asume su sombra al través del sepulcro.

Nosotros, los que vamos á morir, los que no entraremos en el templo de la gloria, los que no tenemos por patria un continente, los que no dejaremos más recuerdos que los del estrecho hogar, podemos exclamar con justicia:

Sarmiento: morituri te salutant

Doctor Osvaldo Magnasco
—POR EL CENTRO JURIDICO
—

Señores :

Tenemos derecho de hablar ante esta gloria de setenta años, nosotros los de la tercera generacion. Tenemos derecho de despedirlo, á éste que es de un año épico, del año once, y á quien nosotros vimos y tratamos, nosotros que venimos medio siglo despues á la patria constituida y reconstruida por ellos.

El Centro Jurídico, la asociacion de derecho cuya composicion conocia, no podía faltar á esta apoteósis, porque no se combate doce lustros por la patria sin lidiar tambien por el afianzamiento del derecho que importa en definitiva el triunfo de la justicia y de la libertad.

Del año 11 he dicho, y por eso paréceme que este coloso que aquí yace—y al que la imaginacion helénica habría consagrado hoy mismo uno de sus semidioses predilectos—paréceme que por su complexion lapidaria, por el vigor excepcional de su inteligencia siempre lozana, por su empuje irresistible, por su laboriosidad de batallador heroico infatigable, paréceme que personifica una época, que condensa, que llena todo un período histórico: el gran período de las fuerzas inteligentes en guerra abierta con el caos, la época fatal, la época ineludible; en una palabra, señores, la semana bíblica del génesis nacional en el que el mismo sublime terror de la desorganizacion hacía pre-

sentir la magna grandeza de la consolidacion en el futuro

!Muy grande la patria ahora ! . . . No seré yo solo, á buen seguro, en los de mi generacion, el que en presencia de los destellos fulgurantes de este féretro glorioso, deje escapar condolido aquella frase de amargo desaliento del general romano ante la efigie inmortal del conquistador macedónico.

Setenta y ocho años de existencia, de los cuales sesenta y cuatro, señores, consagrados á la tarea homérica de la organizacion y del perfeccionamiento del país! Sesenta y cuatro años, pero consagrados sin descanso, sin dar tregua á la abrumante labor, día á día, en todos sus momentos, no obstante el cansancio natural que fatalmente tenía que sobrevenir, no obstante la decepcion más ingrata, no obstante el contratiempo y el desastre alternativos que habrían paralizado á cualquier organizacion menos resistente que esta; sesenta y cuatro años lidiando como él solo podía hacerlo, dado su temperamento agresivo, guerrerador, tempestuoso, dadas sus aficiones nativas á la pelea encarnizada, su genial fogosidad, su vigorosa impetuosidad de inflexible atrida; sesenta y cuatro años, y siempre arrogante como tigre de selva americana, siempre enhiesto y siempre de piedra, desde su valerosa iniciacion como alférez allá por los años veinticinco y veintiseis hasta los enternecimientos altivos de sus últimos días, dignos de veras por su espartana serenidad, de un Epaminondas ó de un Marco Aurelio.

Como el sabio, señores, que apenas si tiene que raspar el suelo de las ciudades desbordantes de riqueza arqueológica para encontrar la vasta zona de las grandezas emocionantes de otro tiempo, así tambien nosotros podemos descubrir la inagota-

ble riqueza histórica del amplio trayecto recorrido por este cíclope del pensamiento y de la voluntad.

Pero no hay la oportunidad de reconocerlo—el hombre se doblega—porque hay la notoria imposibilidad de la tarea. ¿Qué podemos decir? . . . ¿Alinear en batalla, acaso, los cien puestos que ocupó? ¿Decir que fué diputado, convencional,— ¡y de qué convencion, señores!—que fué ministro, gobernador, senador, presidente, representante de la soberanía nacional en el extranjero? . . . ¿Hacer desfilar ante la inteligencia atónita sus obras y servicios? . . . ¿Repetir que fué polemista de acero, escritor de raza,—un verdadero, un arrogante Agamenon de la palabra escrita,— que fué periodista sin parecido en su género, que fué demoledor de tiranías y destructor de montoneros y del caudillaje más indómito y ensoberbecido? . . . ¿Recordar acaso que, desconocido, escribió allá en el extranjero, en medio de la fiebre creciente de cien preocupaciones patrióticas, una defensa vaciada en el molde de bronce de las defensas del orador de Atenas? ¿Recordar acaso que fustigó el despotismo con la misma elocuente impetuosidad con que fustigara la iniquidad aquel inolvidable Sheridan? . . . ¿O decir que arrojó la semilla de su pensamiento fecundo por toda la vasta extension del continente americano? ¿ó recordar tal vez que, como Caton ó Washington, fué de humildísimo origen : maestro de escuela ó sembrador, que es lo mismo? . . .

No, señores ; de veras que eso me parece pálido, de veras que eso me parece incoloro, inexpressivo. Grandeza como esta, es grandeza indecible. Es la grandeza sublime del contraste artístico que magnifica, del claro oscuro completo que contrapone, agigantándolas, á la aspereza nativa de su

carácter altanero, las fulgurantes reverberaciones de su talento superior.

Y, por desgracia, como siempre, señores, el molde se rompe, y esta vez ha saltado en mil fragmentos insoldables, porque en las múltiples modalidades de su génio original, este hombre era único y único como aquellos hombres de mármol arrancados por la mano convulsiva de Miguel Angel á las canteras de la montaña romana, único como todos aquellos colosos inmortales del genio del Renacimiento.

.....

En nombre del Centro Jurídico que representa el derecho y que es juventud batalladora; en nombre del Centro Jurídico que es como *gens* de patrios; del sentimiento levantado—la ofrenda más grata—en nombre de sus más nobles ambiciones y en el mío propio, adios!

Sí, dejémosle ahora que descanse el viejo luchador de sesenta años—como el héroe de Ossian tiene derecho!—que descanse, allá junto á los manes queridos del hijo que tanto amó y, cuando se levante el monumento que ha de legar á la admiracion y á la gratitud póstumas los rasgos altivos de su austera efigie, hemos de venir más de una vez, con ansiedad patriótica, á confortarnos á la sombra de la vieja encina, hemos de venir más de una vez á pedirle fortaleza, á pedirle inspiracion, con el recogimiento legendario del romano ante la tumba de sus grandes muertos!

J. B. Astigueta

POR LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA ARGENTINA

La Sociedad Geográfica Argentina ha querido hacer pública manifestacion de sus sentimientos en este duelo que la nacion entera tributa á uno de sus más esclarecidos ciudadanos y me ha honrado designándome para que expresara en su nombre el homenaje que esta asociacion científica rinde á la memoria de su socio honorario, el que en vida fué D. Domingo F. Sarmiento.

La Sociedad Geográfica pierde en el ilustre anciano un contingente poderoso que le hubiera servido en el porvenir para asegurar su fama y su prosperidad; porque Sarmiento llevaba el auxilio poderoso de sus luces á cualquier sociedad que ocupara su fecunda inteligencia ó necesitara de su potente actividad. Es esa precisamente una de sus glorias más preclaras, que en este solemne momento me hago un honor en recordar, el haber contribuido en todas las esferas de la actividad humana al desarrollo de los conocimientos de sus conciudadanos.

En la sociedad que represento ocupaba un lugar culminante. Ella que tiene por principal objeto propender al mejor conocimiento de la geografia nacional, ostentaba, entre sus socios honorarios, con legitimo orgullo, al que habia dado pasos de gigante en esta esfera del saber. En sus obras y en sus viajes ha dado á conocer nuestro hermoso territorio; y como hombre de estado, mientras ha permanecido al frente del gobierno, ha realizado obras que recordarán eternamente su memoria.

Fué en su período de presidente, que el hilo eléctrico puso en contacto todos los pueblos de la república y que los rieles del ferro-carril empezaron á extenderse para llegar á formar más tarde la red completa que ciñe y estrecha el territorio de la república. Fué él quien organizó una oficina topográfica, quien creó el censo, quien nos dotó de un observatorio astronómico y él quien realizó, en fin, muchísimas otras obras que tienen contacto directo con los propósitos que persigue la asociación en cuyo nombre hablo.

La gloria de Sarmiento es, pues, grande, excelsa, porque sus esfuerzos se han dirigido á hacer prosperar la república, contribuyendo con todo el ardor de su alma virtuosa á su engrandecimiento y adelanto; es la obra del trabajador incansable y fecundo que se siente dominado por el bien y que se adelanta presuroso á trabajar por el engrandecimiento de la patria.

Habrá glorias tan grandes, si se quiere, pero nunca se mostrará en el cielo americano una antorcha de luz más clara y refulgente; gloria tan indiscutible que no hay hombre, de un confín á otro de la república, que no se haya sentido trasportado por la infausta noticia de su muerte y que no haya elevado un santuario en su propia conciencia para conservar un recuerdo imperecedero de la memoria de tan grande hombre.

La justicia póstuma no es tardía en este caso, porque el mérito es evidente, y muchos millares de ciudadanos de la grande nación argentina se descubren para tributarla ámplia y generosa al que fué prodigio en la tierra americana de exuberancia de idea, de potente inteligencia, de fecunda actividad.

Por doquiera que él se presentaba, sea en el patrio suelo ó en extranjeras playas, allí se hacía admirar como un genio que no tenía competencia. Su originalidad, que no era sinó la manifestación de su

talento bajo una forma especial, habia llegado á ser proverbial.

La peculiaridad con que expresaba las ideas que bullian en ese cerebro privilegiado y que conservó su vigor hasta los últimos momentos, daba á las frases de Sarmiento un sello especial, tan propio y tan exclusivo, que no es fácil confundirlas con las de cualquier otro escritor. Por esta razon sus obras vivirán eternamente y serán leídas con cariño y admiracion por las generaciones futuras.

Sarmiento tenía que imponerse al recuerdo de la posteridad por sus trabajos en beneficio de su patria amada, trabajos que al través de su vida agitada y turbulenta de 77 años, aparecen, no como un producto de un solo hombre, sinó como el resultado del trabajo inteligente de dos generaciones; es que él encarnaba la constancia para la realizacion de una obra que consideraba benéfica para su país; es que él representaba el carácter encaminado al bien y á la virtud; es que él reflejaba en su frente augusta el pensamiento progresista de la generacion presente.

Señores:

La vida del esclarecido patricio, tan unida á nuestra definitiva organizacion social y política como á nuestro progreso, no puede caber sinó en un libro monumental, de cuyo trabajo; más tarde, puede encargarse una inteligencia superior que alcance á comprender en todos sus detalles al que, hoy, conmovidos, damos el último adios, de esta vida pasajera donde nos habiamos acostumbrado á creer que el viejo luchador no sucumbiria tan pronto. ¡Tanta fé teniamos en que esa voluntad de hierro y esa inteligencia inccansable, que habia subido dominar todos los obstáculos, conseguiría tambien alejar la hora fatal, á fin de ser por más tiempo en su patria, la

gloria viviente que todo argentino exhibiera con el legítimo orgullo de las satisfacciones íntimas!

No obstante, el ilustre prócer ha bajado á la tumba; pero ha bajado circundado por la aureola de gloria que supieron crear sus buenas obras.

¡Paz eterna en su sepulcro!

¡Gloria inmarcesible á su memoria!

Teniente O. Betbeder

—

POR EL CENTRO NAVAL

—

Señores :

El Centro Naval, representado por el más humilde de sus miembros, viene tambien en este momento de inolvidable y doloroso recuerdo para la nacion, á pagar el debido homenaje de gratitud y respeto á la memoria del preclaro argentino y benemérito ciudadano que al terminar su larga y fecundísima carrera terrena, renace, coronado de bendiciones, en el corazon de su pueblo á la vida imperecedera de los dioses del patriotismo nacional.

Como asociacion argentina estaria exenta de justificar su actitud en este solemne momento, porque así como otras muchas que rodean este féretro y como ella, que representa casi la totalidad del personal de nuestra armada y, más aun que su actualidad, personifica sus tendencias y sus destinos en el porvenir, todos los argentinos por delegacion expresa ó por los deseos de su corazon, están aquí congregados, para invocar el espíritu excelso del general Domingo Faustino

Sarmiento, fortalecer su patriotismo en el ejemplo de su vida, y poner los destinos de la patria bajo los auspicios de su luminoso recuerdo.

Pero es que éste que fué eminente hombre de estado tiene para el Centro Naval méritos y servicios del todo particulares, á los cuales tengo el honroso encargo de referirme, dejando á los talentos de mi país el estudio de las variadas fases de su vida, tan exuberante de labores, de iniciativas, tan íntegra, tan independiente y altiva, tan modesta y tan rica de profunda enseñanza.

Cabe al presidente Sarmiento, señores, la gloria de haber iniciado el primero la formacion de una verdadera marina de guerra en una época de completa decadencia marítima, en la que hasta el recuerdo de los días de Brown se hallaba oscurecido, á causa sin duda del escaso aunque heróico concurso que, debido á la falta de material flotante, había prestado nuestra marina en la guerra de la triple alianza, y más aun por el brillo eneguedador de las victorias alcanzadas por nuestro valiente ejército. A la historia corresponde decidir si la carencia de una marina de guerra argentina fué ó no la principal causa de la duracion imprevista de aquella lucha tan complicada en su desarrollo, y en caso afirmativo debemos considerar tal hecho como inspirador de aquella idea previsor de Sarmiento; porque su génio poderoso ha podido muy bien encontrar prontamente la causa que el historiador imparcial señale en el porvenir como razon de tantos sacrificios.

En todo caso ha debido influir en el ánimo del gobernante para la creacion repentina de una armada, su vision del porvenir marítimo de nuestro país y el retardo en comenzar la árdua tarea de encaminarse á él.

El que había sido tan oportuno en la concep-

cion, debía ser acertado al poner por obra su pensamiento, supliendo la escasez de asesores técnicos en aquella época, con las reminiscencias en materias navales de sus viajes por Europa y Norte-América.

Es así como en un momento de absoluto desapego por la noble carrera de la marina, cuando su carácter eminentemente científico era desconocido ó puesto en duda hasta por la generalidad de los que en ella figuraban, se fundó la primera escuela naval técnica para servir de sólida base á la reorganizacion de nuestra marina militar, base incommovible sobre la cual se va levantando, digno y lucido, el edificio de nuestra grandeza como potencia marítima.

Al cabo de quince años de escuela naval, su fundador ha querido entregar al Centro, es decir, á la obra y al espíritu de su escuela, la declaracion de los fines patrióticos que se propuso con una medida que bastaría á inmortalizarlo, si no hicieran eterna su memoria otras mil empresas de civilizacion á que dió cima feliz en su laboriosa existencia.

Pocos meses hace que el general Sarmiento, presidente honorario del Centro Naval, decía cariñosamente á sus miembros: «Creed que guardo la seguridad de que con la escuela naval quedaba garantida la independenciam que nos legaron nuestros padres y creado el vínculo que nos une á todas las otras naciones, por el cultivo de las ciencias y de las artes que dominan las fuerzas de la naturaleza, enfrenan las olas y contienen la injusticia.»

Creada con toda fortuna el alma, faltaba dar forma al cuerpo que debía animar, y en esto no fué ménos feliz ni menos acreedor al reconocimiento argentino.

Para una nacion como la nuestra, alejada de los grandes centros de construccion, tan fácil es adquirir elementos naváles dejando satisfechos con exceso intereses ajenos, como es difícil conseguirlos consultando las conveniencias del tesoro público y, lo que es más importante, los fines relacionados con la defensa de la patria.

El presidente Sarmiento, siempre escaso de asesores técnicos, nos dió sin embargo con economía una escuadra compuesta de buques excelentemente contruidos y perfectamente adecuados á las exigencias de la época y aun del futuro ; y todos ellos, trabajados por trece años de servicios, siguen constituyendo el fuerte de la defensa de nuestros ríos.

Pero su tarea no terminó con la adopción de medidas tan importantes en el órden material, sino que cuidó también de la parte moral.

La energía y honradez de su carácter era la atmósfera que envolvía sus resoluciones, propiciando su acatamiento y asegurando el fiel cumplimiento en todas las jerarquías : es así como, en la organizacion embrionaria de nuestra marina, brilló la moralidad militar y se cimentó la disciplina y el espíritu de honor que hoy es el carácter de los que visten el noble uniforme de Brown, de Espora, de Py y de tantos otros que lo han ilustrado con sus hazañas y virtudes.

En la prudente reserva de nuestros gobernantes y diplomáticos del pasado, podría encontrarse, mejor que en los rumores públicos, cuantas veces la escuadra de Sarmiento dió nervio á las resoluciones supremas que salvaguardaron la dignidad de la nacion.

El benefactor de la armada en la presidencia de la república fué despues, desde el retiro de su hogar, un amigo de sus miembros, generoso en

consejos y en conceptos: y al fundarse el Centro Naval, unánimemente le nombró su presidente honorario vitalicio, por obra de sus méritos tan solo,

Al ocurrir su muerte, la asociacion que presidía, en homenaje á su memoria, ha dispuesto dar publicidad en su periódico, junto con el retrato del ilustre ciudadano, á todas las medidas de importancia relativas á la marina nacional que en su administracion se tomaron; ha resuelto iniciar una suscripcion, entre el cuerpo general y tripulaciones de la armada, para mandar esculpir un busto en mármol representando al general Sarmiento, que será guardado en el salon de honor de la sociedad; y por último, ha determinado colocar en su tumba una placa fundida en bronce con la siguiente inscripcion:

« El Centro Naval dedica esta placa á la memoria de su presidente honorario, general de Division Domingo Faustino Sarmiento, fundador de la Escuela Naval y reorganizador de la armada nacional. »

Hé aquí, señores, la modesta ofrenda que la marina de guerra argentina hace á los manes del prócer ilustre que le dió naves en las aguas y aseguró en el porvenir su honor, su ilustracion, su disciplina, dándole una alma única y fecunda que fué el alma de todas las creaciones de Sarmiento: *la escuela*. Los presentes y futuros marinos de la república que lean esa placa, se esforzarán en conocer las calidades del fundador de nuestra armada, y por cierto que ellas pueden servir de espejo y modelo en la educacion de nuestros oficiales. Fué ilustrado, independiente, honrado y tuvo un profundo y conciente entusiasmo por todos los progresos que pudieran enaltecer su patria.

Pero no satisfechos aun con estos homenajes,

pequeños en comparacion de tan preclaras virtudes, queremos permitirnos llamar la atencion del superior gobierno hacia un acto de justicia póstuma que depende de su autoridad.

Aunque el nombre que en estos momentos llena la república quedará por siempre grabado en el corazon de los argentinos y, más profundamente, si es posible, en el de los miembros de la armada, cabe y sienta bien en la acerada coraza de una de las naves que le pertenecen.

En la escuadra de Sarmiento, señores, existe un buque, aun de larga vida, cuyos servicios y campañas son por demás eminentes; y en testimonio de esto último bastárame decir que fué la nave de confianza, capitana de la escuadra, que, en un momento de supremo peligro para la integridad nacional, fué arrojada de las tranquilas aguas del río de la Plata, para donde fuera construida, á los desamparados mares australes, con la consigna de hacer respetar nuestros derechos á la Patagonia ó de sucumbir gloriosamente. Este buque es, pues, el acorazado *Los Andes* y la justicia reparadora reclama hoy que sea trasformado en acorazado Sarmiento. La categoría del nombre no se rebaja, antes bien se enaltece, cambiando el de un coloso de granito por el de un coloso de espíritu.

General Sarmiento: Parodiando la frase con que un dia entregasteis al Centro Naval la verdadera definicion de los objetos de la armada nacional, os diremos, cuando bajais al sepulcro: Con vuestro nacimiento á la vida pública quedó garantida la independenciam que nos legaron nuestros padres y creado el vínculo que nos une á todas las otras naciones; por la educacion del pueblo que procurasteis empeñosamente con la propaganda, la accion, el mando, la virtud y el carácter; teniendo

presente que la educacion pública domina las fuerzas de la naturaleza para ponerlas al servicio de la prosperidad nacional, enfrena las pasiones, inculcando en los ciudadanos el respeto por la ley, y contiene las injusticias en el orden interno y en el orden internacional por la conciencia del propio derecho y la capacidad por hacerlo valer íntegramente ante quien osara desconocerlo.

General Sarmiento: El pueblo argentino responde de la paz de vuestros despojos y de la eternidad de vuestra memoria.

Dr. Emilio Gouchon

—

POR LOS ESTUDIANTES DE DERECHO

—

Señores:

La vida de Sarmiento representa una de las páginas más brillantes de la historia argentina. Sarmiento comenzó á actuar en la vida pública de su país en la época que podríamos llamar de nuestros tiempos heroicos.

Soldado en primera fila en las luchas del progreso y de la libertad, se presenta á nuestros ojos como una de las figuras más simpáticas de nuestra época.

Grecia y Roma elevaban sus héroes á la categoría de dioses y semi-dioses, para que el recuerdo de sus grandes hechos sirviese de noble ejemplo á las generaciones venideras.

Mientras aquellos pueblos conservaron el recuerdo é imitaron la vida de sus héroes, fueron grandes, libres y poderosos.

El día que olvidaron la gloriosa tradición de su pasado; el día que los senadores romanos, renegando del carácter, de la austeridad y de la pureza de costumbres de sus antepasados, bajaron á la arena para disputar á los gladiadores de César una mirada de su soberano, ese día Roma, dominadora del mundo, fué vencida y humillada por aquellos á quienes les había impuesto sus leyes.

El pueblo argentino demuestra, realizando el acto grandioso á que asistimos, que sabe glorificar el talento, la virtud y el patriotismo.

La apoteosis de Sarmiento retempla nuestro espíritu con el recuerdo de las luchas por la libertad y la grandeza nacional.

Ella nos revela que por encima del espíritu de mercantilismo de que se acusa á nuestra época, está el culto á las grandes virtudes cívicas.

Sarmiento ha seguido de original manera la tradición de San Martín, Belgrano y Rivadavia y como ellos vivirá para siempre, enseñando con el ejemplo de su vida en el corazón de sus conciudadanos.

Pocos hombres como Sarmiento han tenido una vida pública más larga y más agitada, consagrada á la realización de sus grandes ideales: la educación del pueblo y el reinado de la libertad.

En la época nefanda de la tiranía, Sarmiento fué uno de los más ardientes soldados de la libertad.

Durante su ostracismo político en Chile, sin abandonar su puesto de lucha en la prensa que combate la opresión de su patria, dedica el esfuerzo de su talento superior á la instrucción pública de aquel pueblo, impulsándolo en la senda de su engrandecimiento futuro.

Sarmiento consideraba la ignorancia del pueblo como el más grande de los enemigos de la democracia y del porvenir de su patria.

Por eso, siguiendo los impulsos de su elevado

patriotismo, fué durante toda su vida maestro de escuela.

Cuando la universidad de Michigan acordó al eminente educacionista el grado de doctor, en homenaje á sus grandes servicios prestados á la causa de la civilizacion en América, Sarmiento aceptándolo, decia:

«He sido durante mi vida maestro de escuela, cualquiera que fuese el puesto que ocupase, hasta el más encumbrado; y hoy, representante de la República Argentina en el extranjero, sigo siendo siempre principalmente maestro de escuela».

Elevado á la presidencia de la república, por el voto de sus conciudadanos libremente manifestado en una eleccion, que á la vez que honra al electo, es timbre de gloria inmortal para su antecesor, pone en práctica los principios que ha proclamado incesantemente durante toda su vida.

Dá gran impulso á los adelantos materiales del país, sin olvidar que el pueblo más grande no es el más rico en bienes materiales, sinó el que cuenta con ciudadanos más ilustrados y morales.

El obrero infatigable de la educacion, funda escuelas en toda la extension de la República, establece las primeras escuelas normales, el colegio militar y la escuela naval y se preocupa de los pequeños detalles de la enseñanza primaria, al mismo tiempo que decreta la fundacion del observatorio astronómico de Córdoba para «dominar las grandes é incommensurables extensiones del espacio».

Prolonga las vias férreas, construye otras nuevas, cruza nuestro territorio con líneas de telégrafos y atrae al país todos los elementos de su futuro engrandecimiento.

En todas partes se levantan bibliotecas populares, cuya fundacion se debe á la iniciativa de Sarmiento, que, como Franklin, ha sabido transmitir á

su pueblo el secreto de su fundacion, dedicando á su fomento todos los esfuerzos y la energía colosal de su voluntad.

Al bajar del poder, deja pruebas de la honradez más acrisolada en todo el mecanismo de la administración.

En la vida privada hace causa comun con el pueblo, enseñando con la palabra y con el ejemplo el cumplimiento de los deberes cívicos y la práctica de las instituciones republicanas.

Sarmiento como escritor nos ha legado sus obras, que contienen las más hermosas y originales páginas de la literatura nacional.

El *Facundo* hubiera bastado para inmortalizar su nombre como literato y filósofo político.

Las ciencias jurídicas, políticas y sociales le deben un gran número de sus producciones, que llevan el sello de su talento y de su asombrosa actividad intelectual.

En la prensa fué el más notable de nuestros periodistas y el más terrible polemista, pudiéndosele aplicar como tal las palabras de Cormenin á Mirabeau:

«Cubierto con las armas de la dialéctica toca á la carga, cae sobre sus adversarios, los ase, los hiere en el rostro, y, con el pié en la garganta, no los deja hasta que se declaran y confiesan vencidos; si retroceden y huyen, los persigue, los bate por vanguardia y retaguardia, los hostiga, los acosa, los encierra en el círculo imperioso que les ha trazado, como aquellos marinos, que saltando la cubierta estrecha de un navío tomado al abordaje, colocan al enemigo sin esperanza entre la espada y el océano.»

En todos los ramos de la actividad humana en que Sarmiento aplicó su talento, reveló cualidades superiores.

Admirado en vida por sus contemporáneos, reci-

be despues de muerto las más grandes pruebas de gratitud y admiracion de que hayan sido objeto otros argentinos.

No es mi propósito hacer el panegírico del gran ciudadano.

Solo he querido pronunciar estas breves palabras, en el acto de depositar en su sepulcro la humilde ofrenda que los estudiantes de derecho de la universidad de la capital consagran á la memoria del esclarecido argentino que nos recuerda los antiguos ciudadanos romanos con todas sus altas virtudes, la energia de su patriotismo y su amor constante á la libertad.

En adelante, pues, honremos su memoria; imitemos su ejemplo, y trasmitamos hasta las más remotas edades su nombre, como la más alta expresion del patriotismo argentino.

Sargento Mayor

José Sandalio Sosa

POR LOS ALUMNOS DEL COLEGIO MILITAR

Señores:

Vengo, como argentino y como soldado, en representacion de mis antiguos condiscípulos de Palermo, no á verter una lágrima, sinó á rendir un homenaje de gratitud en esta hora suprema al fundador del colegio militar.

Señores: Esta fosa, más que una tumba, es el umbral del templo augusto de la historia. No bajemos, pues, los ojos anegados en llanto para seguir

la materia en su mísera corrupcion; levantemos los ojos al cielo para buscar en el santuario de la gloria el nombre venerado de Sarmiento.

Sus cifras no serán esculpidas sobre los peñascos helados de los Andes, porque el monumento de su grandeza tiene su pedestal de granito en el corazon y en la conciencia del pueblo argentino, y es en el hogar de las familias, en las aulas de nuestras escuelas, donde el *gran maestro* tendrá su altar y su templo. Demos á Sarmiento lo que es de Sarmiento y dejemos á la historia lo que solo corresponde á la historia.

Todos conocemos sus virtudes cívicas en sus grandes obras, su talento genial en sus producciones inmortales, su superioridad en su caracter autoritario, y hasta su imperfeccion en sus mismos errores, que son más bien hijos del tiempo y de los acontecimientos inevitables en el gobierno de pueblos que aun no tienen la perfecta conciencia de su deber y de su derecho.

Sarmiento ha demostrado en todos los actos de su vida esta verdad incontestable:—el ciudadano debe gozar de la más amplia libertad en la eleccion de sus mandatarios; pero la autoridad una vez constituida debe gobernar con todo el poder que nace de la magnitud misma del derecho del pueblo que representa.

Palabras más autorizadas que la mia han hecho ya el panegírico del gran ciudadano en sus múltiples fases en el órden cívico. A mí, que represento en este acto una generacion militar que le debe su existencia y á la que él llamaba con paternal cariño sus «muchachos de Palermo», me corresponde trazar, siquiera en breves rasgos, sus contornos militares.

No me detendré en los detalles ya conocidos de sus fojas de servicios. Sarmiento no fué ni César,

ni Napoleon, ni San Martin, ni Lavalle. El fué soldado como puede serlo un maestro de escuela, un periodista, un ministro, un presidente de la república, como cualquier ciudadano que ame á su patria, para servirla en las horas de peligro.

Esto él lo sabía mejor que nadie, y si á la toga del gran ciudadano él quiso añadir los entorchados de general, es porque por sus nervios de soldado corría sangre argentina, el aliento secreto é irresistible de la victoria.

No tuvo teatro, la época no le fué propicia, su genio desertó el templo de Marte traicionando tal vez sus aspiraciones, buscando el medio de prestar mayores servicios á la patria en la educacion de las masas populares, formando un pueblo en su misma cuna. Despues de 40 años de trabajos incesantes, de esfuerzos inauditos, testigo ó víctima de grandes calamidades, ve en fin consolidarse la nacionalidad argentina; el pueblo parece llegar á la pubertad: Sarmiento ocupa la primera magistratura del estado.

Uno de sus primeros pasos tiende á la organizacion racional del ejército: él sabe que para edificar es primordial preparar los elementos, y así como sobre el oscurantismo colonial él erigió una entidad consciente, formó un pueblo más habil á las prácticas republicanas sosteniendo y fomentando la educacion primaria, así también él quiso á lo menos colocar la piedra fundamental del ejército, creando el colegio militar, donde las nuevas generaciones irían á empaparse en los verdaderos principios de la guerra moderna.

En efecto; el período de las grandes epopeyas había pasado con aquellos tiempos heróicos en que nada resistía al brazo pujante del soldado argentino improvisado en las pampas y llanuras, en las selvas y montañas de la república. Un «maestro de escuela», el inmortal Moltke, victorioso ántes en Sa-

dowa, acababa también de triunfar sobre el valor legendario de la titánica Francia.

Esto basta y sobra, señores, para los perfiles militares de Sarmiento; esto basta para mostrar el alcance de nuestra gratitud; esto basta para justificar la simpática actitud del ejército, el cariño filial de la juventud militar.

Yo no creo, señores, ni en la paz perpétua, ni en la necesidad de las guerras en el mundo de Colón. El trabajo, la civilización y con ellos la riqueza parecen absorber en estos momentos toda la atención de la América; pero si mañana respondiendo á agresiones extrañas ó en reivindicación de nuestros derechos pisoteados, la República Argentina fuera forzada á armar sus legiones y á lanzarlas en son de guerra contra el invasor, entónces, señores, vereis al lado ó á la cabeza de los viejos titanes del Paraguay, la pléyade de «muchachos de Palermo», las criaturas de Sarmiento, conquistar con la punta de sus bayonetas, con la boca de sus cañones ó con el cálculo de sus combinaciones, los laureles victoriosos de Ituzaingo, de Chacabuco, de Austerlitz, de Sadowa, de Sedan.

General Sarmiento: en esas horas de singular entusiasmo en que los desbordes del patriotismo se justifican escuchando nuestro himno glorioso y cobijados por el estandarte invicto de la patria, las nuevas generaciones como la presente, os aclamarán, como lo hago en nombre de mis antiguos condiscípulos: «padre de la juventud estudiosa del ejército».

Dr. José Sienna Carranza
—

POR LA SOCIEDAD AMIGOS DE LA EDUCACION POPULAR
Y POR LA PRENSA DE MONTEVIDEO

—

Nada más difícil, señores, que la expresión de las ideas ó de los sentimientos que agitan el ánimo ante los restos de un gran hombre como D. Domingo Faustino Sarmiento, en unas exequias que asumen las inmensas proporciones de la apoteosis á cuyo suceso, único en los antecedentes del Río de la Plata, asistimos en este instante.

En presencia del féretro que encierra el más poderoso cerebro y el corazón más fuerte de las modernas generaciones argentinas, y en medio del pueblo innumerable que lo rodea, produciendo con su emocionada multitud el más majestuoso silencio que pudiera atravesar la voz humana, la oratoria se estrella en lo imposible de su objeto, resultando mezquinas las formas del discurso,—como si la augusta solemnidad de este silencio solo permitiera ser llenada con las robustas arengas del genio que ha enmudecido para siempre.

El que refiriéndose á la oración de Avellaneda sobre la tumba de Velez Sarsfield, decía «la selva era digna del cónsul», no hallará para su triunfo mortuorio, por grande que sea la elocuencia de sus panegiristas, el lienzo que reproduzca en toda su frondosidad el roble corpulento, ni el brazo que al-

cance con la corona de laurel hasta la frente de la soberbia estatua de dimensiones andinas.

Ha sido necesario que se congreguen los hombres, los gobiernos, los parlamentos, la universidad, las escuelas, los estados mayores de ejército y escuadra, los clubs, las sociedades, las instituciones de carácter público y privado,—todo lo que piensa, todo lo que trabaja, todo lo que impulsa la vida gigantesca de la República Argentina,—para que no faltase en su glorificación nada de lo que recibió el influjo de sus ideas, nada de lo que dirigió con su autoridad, de lo que alentó con su consejo, de lo que iluminó con su palabra,—de lo que inició, creó, reformó ú organizó, con las concepciones de su asombroso talento, con el inextinguible fuego de su entusiasmo, y con el nervio maravilloso de su fecunda actividad.

Y todavía ¡qué digo! no hay recinto en que cupiera la acumulacion de las muchedumbres tocadas por la accion regeneradora del educacionista, del propagador de principios y prácticas benéficas,—del autor de cartillas para los niños, y de libros para los estadistas,—del que bordó de palmeras las avenidas de Palermo, y planta el mimbre en las márgenes del Paraguay,—del que tiende, en fin, los rieles y los alambres eléctricos para multiplicar ciudades á través de los desiertos, y con el observatorio de Córdoba atrae hacia el sol argentino los más remotos astros del firmamento del sud, al mismo tiempo que coloca ese sol de su bandera sobre naves de acero que publiquen su engrandecimiento en las vastas llanuras del océano!

¿Qué lengua personal condensaria el colosal murmullo de todas las voces arrancadas por su irreparable separacion del escenario que su presencia dominó constantemente? Ni ¿quién, por otra par-

te, aventuraria el esfuerzo de la exposicion en nombre propio, y de propia autoridad, de sus impresiones individuales, y de todos los hechos sobresalientes de la vida contemplativa, intelectual ó militante, de la labor íntima y del tesoro de las ternuras familiares,—ó de la accion batalladora y civilizadora, literaria, humanitaria, politica y gubernamental del grande hombre cuyo rostro parecia enorme porque tenía lo que no se ha visto en otro busto, es decir, las facciones capitales de todos los otros grandes hombres, habiendo en su fisonomía, como en su corazon y su talento, rasgos de Sócrates y de Pericles, de Rousseau y de Voltaire, de Pitt y de Mirabeau, de Franklin y de Lincoln, de Armando Carrel y de Thiers, de Horacio Mann y de Darwin?

No habrá resonado por esto en sus exequias un discurso que corresponda al conjunto de su existencia, que no podría tampoco ser siquiera compendiada dentro de la presion que ejerce la impaciencia de las autoridades, los institutos, los cuerpos colectivos, cuyos oradores se suceden en la palabra trayendo cada uno el tributo del poder ó de la representacion politica ó social que les invistieron con su encargo.

No hay, por consiguiente, plaza ni turno para las afecciones individuales en esta ocasion,—y yo rindo tributo al genio doblemente, sofocando en mi corazon los impulsos del cariño y del reconocimiento por una amistad que enaltecia tanto cuanto la lealtad era inseparable del carácter que la concedia,—yo rindo tributo al génio, no atreviéndome á mezclar mi voz en sus fúnebres encomios, sinó en cumplimiento de una fraternal mision, que comprueba que si hay fronteras de nacion á nacion en el estuario del Plata, el vínculo de las ideas mantiene la solidaridad originaria,—no existiendo barrera que

impida la comunión del espíritu de los pueblos en las tribulaciones del dolor; como en las luchas por el progreso y en las hermosas expectativas del porvenir.

Es la sociedad Amigos de la educación popular de Montevideo, que me encarga de representarla en este acto, de hablar en su nombre, y de poner una corona sobre el féretro del ilustre educacionista,—es la prensa de Montevideo, cuyos representantes debemos poner en su nombre sobre el sepulcro la placa de bronce que atestigüe su homenaje al viejo atleta que, según las palabras que él mismo repetía, señalando el digno término de una vida noblemente desempeñada, ha conservado hasta el último con firme brazo *la rota espada que solo al destino vencedor debe entregarse con varonil entereza.*

Tomando participación en estas demostraciones, la prensa de Montevideo tributa justicia al que honró la misión del periodismo, haciendo de la imprenta un ariete para la demolición de los despotismos, y de la hoja volante del diario una antorcha para la difusión de la luz, de la verdad, de la libertad de los pueblos, y del fundamento de los gobiernos,—sosteniendo el decoro de su apostolado, sin un solo desfallecimiento, sin una sola mancha, en el más extenso trayecto recorrido por un obrero de la civilización de Sud-América.

La sociedad Amigos de la Educación popular es el semillero de los hombres activos é inteligentes que veinte años há, arremetieron contra el tremendo fantasma de la ignorancia y la rutina en la República Oriental,—levantando y manteniendo la bandera de las reformas escolares con tal brío que á su impulso, y en momento dado contra su propio intento, se hizo la pasión dominante del espíritu público, invadiendo el ánimo de los mismos

tiranos que inclinaron la cabeza al yugo de aquel unánime entusiasmo hasta demandar el desagravio de sus culpas y la sancion de sus usurpaciones al mérito de la instruccion de los niños organizada bajo sus férreos auspicios.

De ella salía armado con el legítimo prestigio de los ensayos que habian fortalecido su inteligencia y su fé, el hombre jóven que de remotas regiones volvió con el ardiente y contagioso pensamiento de la iniciativa de aquella sociedad,—y cuyo secretario fanatismo produjo, en amarga lucha con sus propios correligionarios, el advenimiento de la reforma oficial y la centuplicacion de las almas nutridas con el pan de la enseñanza en la República Oriental.

Pero ¿de dónde habia surgido,—ó con qué misteriosos sacerdotes del Ganges habia comunicado aquel apóstol, á quien los vecinos de su hogar paterno vieran poco antes ausentarse, vacío de provisiones el saco de viaje, sin otra cosecha que la de las enfermizas decepciones de Musset y de Espronceda?

¿Qué nuevo espíritu lo habia tocado,—qué Bautista habia derramado el agua del maravilloso Jordan sobre su frente?

Ved aquí, señores, la clave del enigma.

El que al llegar de los Estados Unidos descubrió su ministro de instruccion en Avellaneda, habia en los Estados Unidos revelado su mision á José Pedro Varela.

La palabra avasalladora de Sarmiento arrojó á la accion á José Pedro Varela,—y es esta la filiacion de la sociedad Amigos de la educacion popular, y de las reformas escolares de la República Oriental.

Pero, aunque no se hallase por tan especial antecedente ligada á la influencia del genio de

Sarmiento la sociedad Amigos de la educacion, ¿qué mayor vínculo que el de la homogeneidad de los móviles y de los resultados, entre el gran propagandista que inicia las nuevas bases de la instruccion en Chile y Buenos Aires, y la institucion que las plantea y continúa agitando su programa en la otra orilla del Plata? ¿Qué mayor vínculo que el del honor que él hacía á aquella misma sociedad mostrándola á su patria en 1881 como modelo cuya reproduccion correspondería á sus más fervientes aspiraciones?

No habría sido posible que el sentimiento de la solidaridad y de la comunidad de los anhelos y de los esfuerzos dejase de hablar con las emociones del dolor en el seno de aquella sociedad, ante la infausta noticia de la caída del varon insigne, maestro de los maestros en la América española.

Por eso ha mandado el encargo de pronunciar delante de estos mortales restos su palabra sincera de calurosa simpatía, de profunda admiracion, y de perpétuo recuerdo para el ilustre innovador, con el testimonio de una adhesion ilimitada á los póstumos honores que se tributan á su genio y sus virtudes.

Este testimonio, esta palabra, hubieran debido ser más breves, y lo serían si la voluntad pudiese gobernar el pensamiento. Porque yo no he querido intentar la tarea de una apología, que sería temeraria, tratándose del prócer que por la magnitud de su figura histórica sale de las condiciones de un hombre de talla, siendo tal el espacio que ocupará en los fastos de su época que su altura misma no determinaría lo voluminoso de su personalidad,—y sobre cuya tumba no necesitará la posteridad encontrar al lado de los caracteres que digan: DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO—la inscripcion grabada por lord Nassau Clavering en la

lápida de Maquiavelo: *Tanto nomini nullum par elogium*,—ya que la obra del que dió su existencia á la estirpacion de la ignorancia hará imposible que se ignore en tiempo alguno que *que para tamaño nombre no hay elogio proporcionado*.

¡Manes de Sarmiento, del propagandista de las ideas elevadas y de la moral en accion, del austero político y del honrado gobernante,—manes del periodista y del educacionista, recibid los votos de los trabajadores de la prensa y de la educacion en la otra orilla del Plata;—manes del conspicuo maestro y del benévolo amigo, permitid que en el último instante os hablen tambien los votos del adicto admirador y del sincero amigo dolorido—
¡Manes de Sarmiento, el probo, el sabio, el grande: descansad en paz!

Sr. Pablo Lascano (hijo)

POR LA COMISION POPULAR DE LA PLATA

Señores:

No siento lastimado mi amor propio al confesar mi insuficiencia para cumplir la difícil mision de hablar ante los restos del esclarecido ciudadano que en vida llenó con el ruido de su nombre los ámbitos de este continente.

He buscado con empeñoso afán la nota digna del asunto que me ha sido confiado, para pronunciarla á la memoria del grande hombre que pierde la América latina, y declaro que he estado á pun-

to de renunciar al inmerecido honor que se me ha dispensado. Empero, un sentimiento patriótico, vinculaciones que tenía con el extinto, me han decidido á afrontar la tarea.

Señores:

No hay un modelo utilizable en este caso, ni regla á la cual pueda el espíritu sujetar el cúmulo de ideas que surgen cuando se contempla exánime al que batalló con tanto desnudo y actividad.

No hay conceptos suficientemente gráficos que traduzcan este duelo nacional, esta pérdida de uno de los grandes americanos, como le llamó Laboulaye.

Todos quisiéramos encontrar acentos nunca oídos, palabras nunca proferidas por labios humanos, para hacerlos resonar como una exclamación unánime de este continente, que el extinto atravesara de parte á parte, llevando en sus vigorosas manos la antorcha de la civilización.

Con el ilustre estadista general Sarmiento se eclipsa un astro de primera magnitud en el cielo de las letras americanas; pero quedan sus obras incorporadas á una época que la historia señalará con el nombre que corresponde.

¡Qué misión tan fructuosamente llenada!

Fué el apóstol más abnegado de los tiempos que alcanzamos, y él mismo en ciertos actos de su vida, sentíase cumpliendo una tarea inspirada por una sugestión anónima.

Todo en él era espontáneo, rápido, nuevo, cargado de frescura y lozanía.

Grande, múltiple, soberano, las luces y cambiantes de su fisonomía intelectual producen algo como el vértigo.

¡Y qué valor y perseverancia, señores, tenía

aquella alma libre, aquel corazon patriota, aquel organismo de gigante!

Había nacido para la vida pública y ninguno supo ejercerla con más dignidad y grandeza. Diríase que era la atmósfera en que con más éxito actuaba.

Hacer el bien, promover el progreso, iluminar las mentes, engrandecer la patria, — fué la fórmula dentro de la cual giraba el pensamiento luminoso de aquel espíritu extraordinario, el mejor ejemplar que la América contemporánea puede ofrecer al mundo.

Asistimos á la hora de una solemne apoteosis y debe permitirse á los que representamos la posteridad formular una declaracion: el general Sarmiento es una fecunda enseñanza para los que le sobrevivimos. Su amor á la verdad lo condujo á límites á que ninguno osó llegar. Desafió las multitudes; combatió sin tregua las preocupaciones; hizo abstraccion absoluta de todo propósito personal; creyó en los principios, antes que en los errores prevalentes; pueblos, partidos políticos, gobiernos, todos le salían al paso y á todos oponía la muralla inexpugnable de sus convicciones, quedando muchas veces solo, pero jamás vencido.

Sin embargo, vosotros lo veis, su muerte es una glorificacion completa, espléndida y grandiosa.

Pocos varones inspiran estos inmediatos reconocimientos póstumos, estos salarios devengados por el ilustre soldado que en el campo de las ideas mantuvo bien alto la bandera de su fé política.

Es que pocos tambien llenaron con más amplitud su destino como propagandista incansable de las buenas causas, ora en la tribuna parlamentaria donde siempre fué fulgurante, ora en los consejos de gobierno, ora en la agitada cátedra de la

prensa y ora en fin en el vasto escenario en que actuó con poderoso aliento.

Señores :

Este anciano glorioso gastó su vida en servicio de la patria y hubiera sido injusto que no quedara grabado en la memoria de las gentes el recuerdo de sus virtudes y sacrificios. Por eso todas las clases sociales, todas las agrupaciones nacionales y extranjeras, pueblo y gobierno, ancianos y jóvenes, se acercan con religioso respeto á rendir el último homenaje al más noble y raro ingenio que haya producido la América latina, pidiendo paz para sus cenizas é inmortalidad para su nombre.

Sr. Angel Menchaca

DIRECTOR DE TAQUÍGRAFOS DEL CONGRESO NACIONAL

Señores:

Nada hay más imponente y enmudecedor, nada que absorba en una meditacion de más indefinida melancolía y haga ver de un modo más real lo contingente y efímero de nuestra existencia, que el cadáver de un grande hombre, ante la tumba abierta para recibirlo en su antro negro y misterioso, con su eterno problema.

La muerte de Sarmiento es solo comparable por la conmocion que ha producido en todas las capas sociales, á esos fenómenos geológicos internos, que se traducen por un terremoto: el desprendimiento y la caída de una mole enorme á los abismos ígneos de la tierra!

Sarmiento era un hombre verdaderamente original, típico, extraordinario. Tenía tan desarrollado y era tan vivo el sentimiento de su individualidad, que jamás siguió modelo; en nada imitó á nadie. Estudiaba la historia para encontrar la filosofía de los hechos pasados y la generacion de los presentes y futuros; pero nunca en busca de norma para sus acciones, pues siempre procedió guiado por la inspiracion natural de su inteligencia y los dictados sin apelacion de su voluntad de acero.

Sarmiento era un carácter y era á la vez un creador genial.

Tenía en su alma todas las altiveces y en su espíritu el gérmen de todas las iniciativas; todo lo tenía propio: modo de ser, estilo, lenguaje, forma, fondo.

Por eso su oratoria ejercía un dominio irresistible, una atraccion que á veces suspendía y encantaba.

Su elocuencia no residía en la vulgaridad de una frase florida, ni en los rígidos lineamientos de una retórica amanerada, sino en la novedad de sus pensamientos, en lo extraño de aquella forma exclusivamente suya, en lo inesperado y rápido de sus giros, en lo contundente de sus razonamientos, en sus calificativos clichés, en lo vasto y variado de su erudicion, en la savia intelectual, en fin, que vivificaba su discurso y ataba, como un hilo de luz, aquellas frases entrecortadas, nerviosas y al parecer desaliñadas ó incorrectas.

Como taquígrafo experimentado, me complazco en confesar que más de una vez aquella elocucion avasalladora, inmovilizó el lápiz en mi mano y tuve que esforzarme para independizar mis nervios de aquel como mágico influjo de su palabra varonil.

Señores: Es una gran verdad la que expresa es-

te dicho popular: nunca se aprecia tanto un bien, como cuando se ha perdido.

En la vida agitada y laboriosa de Sarmiento, en los ardores de la lucha y de la polémica, mil veces le fueron desconocidas hasta sus más descollantes dotes, hasta sus obras más grandes y meritorias; pero hoy que ha desaparecido, hoy que nos sentimos oprimidos por el inmenso vacío que deja en pos de sí, la reacción es tan violenta y expansiva, se levanta tan gigantesca su figura, iluminada por los destellos de su génio, que todos olvidan al hombre de pasiones, al combatiente rudo, que hería sin piedad á su adversario, para honrar al notable estadista, al profundo pensador, al sagaz político, al administrador honrado, al patriota lleno de nobles y elevadas ambiciones por la prosperidad y engrandecimiento de su país, al orador más original de su época, al autor del «Facundo», y sobre todo al incansable propagandista de la educación; de la educación, señores, que es la base de la verdadera libertad, la fuente de todos los progresos, la única palanca con que se han de echar por tierra todas las preocupaciones que, con el influjo de la tradición y de usos consuetudinarios, traen todavía en servidumbre á la humanidad.

Señores: En la múltiple y colosal personalidad de Sarmiento, vinculada á todos los adelantos de la República Argentina y aun de la América, ya como iniciador ya como impulsor de energía y de aliento poderoso, es al educacionista convencido, al vehementemente secundador de Rivadavia, al que más venero y admiro; y sus constantes y fecundos afanes por la educación popular, serán en todo tiempo su mejor título á la gratitud nacional y los que producirán mayores y más duraderos beneficios en el porvenir. Su apostolado de enseñanza, es la

pedra más preciosa de la brillante diadema de sus obras.

Señores: Los taquígrafos del Congreso Argentino, al depositar una modesta placa en el sepulcro de Sarmiento, satisfacen un movimiento íntimo y espontáneo de reconocimiento, al fundador de la primera clase de fonografía de la república y de esta parte del mundo, y al que patrocinó eficazmente la creación del cuerpo de taquígrafos, comprendiendo los servicios que este había de prestar al parlamento de la nación al recoger y conservar para la historia sus importantes deliberaciones; y al incorporarse como ciudadanos á este magnífico cortejo de todo un pueblo, á esta espléndida apoteosis de alabanza é inmortalidad, vienen también á inclinarse reverentes ante la memoria del eminente hombre de estado, y de uno de los más empeñosos, entusiastas é ilustrados pedagogos de la América del Sud.

Sr. Juan Ronco

POR LA SOCIEDAD COSMOPOLITA DE PROTECCION MUTUA

En representación de la Sociedad Cosmopolita de protección mútua y en nombre de su instituto mercantil, hemos concurrido á rendir homenaje á la memoria del incansable educacionista popular, general Domingo F. Sarmiento, y postrados ante sus despojos, colocamos en su morada eterna un humilde bronce que recuerde también eternamente la admiración de nuestros alumnos hacia el apóstol abnegado de la instrucción.

¿Qué triste acontecimiento, qué duelo nacional

reune al pueblo argentino y extranjero en esta mansion del descanso sin fin?

No solamente el sentimiento patriótico de sus conciudadanos se asocia al duelo producido por la muerte del gran educacionista americano, del pensador y eminente estadista, del magistrado y honrado ciudadano, del patriota y progresista hombre de estado que contribuyó con su talento á consolidar la nacionalidad argentina; confunden tambien sus demostraciones de dolor y de angustias, los hijos de todos los pueblos cultos que habitan el suelo de esta querida patria, y que sienten por ella simpatía y amor, anhelan su grandeza y prosperidad, como anhelaba el ilustre muerto que acaba de bajar al sepulcro, en medio de la devocion y el cariño de los pueblos americanos.

Ante el altar inmaculado, el mausoleo silencioso que guardará por siempre los restos de un genio argentino, callan todas las pasiones, los críticos enmudecen, dando tregua á la sociedad conmovida y triste, por tan lamentable suceso.

Solo laten corazones, sorprendidos por una sola causa, por los mismos pesares, heridos por la flecha del destino, lanzada por la mano de una ley eterna, que en vertiginosa carrera atraviesa las edades arrastrando en pos de sí las generaciones que se suceden, y transformando las sociedades y los hombres.

El mundo tambien experimenta dolor, cuando un hombre superior, merecedor de la estima pública, desaparece, cuando un elemento poderoso de progreso cede á otros el puesto de combate y cae vencido por el trabajo diario, al pié del deber.

Las ciencias, las letras, se resienten, se conmueven, cuando la pluma del publicista eminente, no traza ya sus inspiraciones sublimes, llenas de fé inquebrantable, cuando las creaciones de un

gênio admirable y altivo han depuesto los elementos de esa lucha fecunda que abre surcos luminosos al través de todos los conocimientos humanos y propaga las doctrinas de la democracia, haciendo temblar con su vigorosa palabra, á los verdugos de las libertades públicas.

En medio de esa lucha ardiente y vigorosa alimentada por la pasión de lo grande y noble que engendra los ideales del porvenir de la pátria, Sarmiento no abandonó un instante la propaganda de la educación, porque veía en ella la solución del gran problema social, la emancipación del ciudadano para ejercer libremente sus derechos y cumplir estrictamente sus deberes; porque veía en ella la organización político-social de la república, el afianzamiento de su vida nacional y veía en fin las bases inmovibles de su grandeza y de su porvenir.

Sarmiento ha podido gozar de sus triunfos, sus aspiraciones fueron traducidas en hechos, que constituyen la admiración universal; ha colaborado de una manera eficaz con su iniciativa y su talento en la gran obra del progreso nacional de esta gran nación americana, muriendo en medio de sus conquistas cubierto de gloria inmortal, como mueren los verdaderos patriotas que han consagrado su existencia y los dones preclaros de su inteligencia, al servicio de la causa común, del progreso humano.

Sarmiento recibe hoy el premio que las naciones cultas y bien constituidas reservan para sus hijos predilectos, que supieron sacrificar la ambición de la fortuna, por satisfacer la nobleza de su alma; que sacrificaron su bienestar, entregando la savia de sus inspiraciones al servicio de la humanidad.

Sarmiento fué un ejemplo de esos grandes tita-

nes de la antigüedad que emprendían la guerra luchando heroicamente por la causa que armaba su brazo férreo, hasta caer vencidos ó salir triunfantes en la batalla.

Sarmiento se recordará siempre con respeto y veneracion, admirando en el porvenir la grandeza de su génio, la tenacidad de sus tendencias, y la abnegacion de sus proyectos. Cuando la nacion argentina y todos sus hijos hayan perfeccionado sus conocimientos en la escuela, enriquecido su memoria con los acontecimientos históricos de su patria, y recojido en las universidades los resultados de una vida consagrada á la educacion de los pueblos, alimentando su existencia con las doctrinas esparcidas en las más apartadas aldeas de la república por el pensador argentino; podrán medir entonces la magnitud de esa figura culminante que se levanta desde los Andes hasta las riberas del Plata, y domina con su propaganda, con un génio. con sus nuevas doctrinas, las viejas tradiciones, iluminando la senda de una nueva era de civilizacion y abriendo nuevos horizontes de progreso á la actividad humana.

Esa figura es Sarmiento, con la originalidad de su carácter, con la sinceridad de sus propósitos, con la expresion del patriotismo en los labios, con la severidad de sus actos, como gobernante, como militar, como ciudadano argentino, con el arsenal de sus libros de enseñanza, con sus obras escritas con mano maestra, con sus virtudes, con su amor á las ciencias, enseñando al mundo el camino de la inmortalidad.

Sr. Agustín E. Martelleti

POR LA SOCIEDAD TIPOGRÁFICA BONAERENSE

Señores:

En estos momentos solemnes de angustia suprema, en que el sentimiento público, se muestra uniforme en la faz dolorosa de miles de argentinos y extranjeros, deplorando la inmensa pérdida que experimenta la nación, con la sensible muerte del eminente ciudadano general Domingo Faustino Sarmiento, dignísimo miembro honorario de la Sociedad que represento; sentimiento, señores, expresado elocuentemente por las primeras ilustraciones del país y de naciones amigas, en sus diversas jerarquías y que forman un escogido é imponente auditorio, no puedo pretender cautivar la atención con mi deslucida é incoherente palabra, pero sí manifestar con el alma acongojada, la pena que nos embarga al contemplar que yace inanimado el gran batallador de las ideas.

Ante el cuerpo inerte de este privilegiado organismo respetado por más de tres cuartos de siglo por el formidable huracán de los años;—ante la pena acerba é inconmensurable que se siente, al contemplar á lo que está reducida la culminante figura del primer gladiador argentino en las luchas del progreso;—de ese titán del pensamiento escrito que ha muerto como vivió, preocupado de hacer libros en pró de la civilización;—solo nos es dado dejar correr nuestras lágrimas más puras, y depositar en su sepulcro, esta placa fundida de tipos de imprenta, —de esos tipos que él supo hacer animar, abatién-

do la barbarie y el caudillaje con las originales producciones de su portentoso genio inmortal.

Sea esta humildísima ofrenda testimonio genuino de sentimiento, de admiración y de respeto al ilustre general Sarmiento, que como á socio, la Sociedad Tipográfica Bonaerense dedica.

Y conceda Dios merecido reposo eterno á sus restos venerables, en tanto que sus conciudadanos y la posteridad consagran gloria inmarcesible á su digna memoria.

Sr. Arturo Garcia Aparicio

POR EL CENTRO ESTÍMULO LITERARIO

Señores:

Séame permitido depositar en la tumba de Sarmiento esta humilde ofrenda, cuyo único significado es la admiración y respeto de que el Centro Estímulo Literario se halla animado hacia el eminente ciudadano cuya muerte lamenta la república.

En estos momentos solemnes, las palabras no son hijas de la inteligencia; brotan espontáneas del corazón conmovido.

Esto se explica, señores, cuando vemos desaparecer del escenario de la vida esos hombres extraordinarios que se llaman genios y cuyas huellas luminosas son un reguero de luz perenne en el horizonte de la patria.

No cupo á nuestros días la honra de regar con una lágrima la tumba de Moreno y Rivadavia; pero desde hoy en adelante podemos contar á la generación venidera que el pueblo argentino, congregado

en este recinto, se detiene consternado por el sentimiento ante el sepulcro abierto para guardar los restos del amigo de la juventud, del campeón de las libertades, del noble apóstol de la educación de tres naciones americanas.

Y ¿cómo no hemos de tributar este homenaje póstumo á la memoria de una larga vida consagrada al servicio de su país y extinguida en medio de la pobreza, pero sin la más leve sombra que haga dudar de su patriotismo y de su honradez ni venga á eclipsar el brillo de sus rutilantes fulgores?

Muy pocas biografías harán destacar una figura como la de Sarmiento, y felices de nosotros cuando en el término final de la vida de un compatriota vengan oradores distinguidos como los que acaban de conmovernos, á hacer una apología tan grande como justa.

Inclinémonos ante los restos inanimados del que ha recorrido el camino de la existencia siempre con la frente altiva, la idea del bien y del progreso en la mente y el amor á la patria en el corazón.

Templemos nuestro espíritu en la energía viril que se refleja en las brillantes páginas que historian tantos años de luchas y de fatigas.

La juventud que constituye el centro que preside viene, señores, á rendir un homenaje, no solamente al gran ciudadano, sino también al autor del «Facundo», ese gran monumento de las letras argentinas.

La individualidad de Sarmiento ligada á las evoluciones de la vida de una sociedad que pugna por organizarse, lo está igualmente al desarrollo de la literatura nacional.

Sus escritos reflejan el vuelo incansable de su robusta inteligencia; su elocuente palabra, la magnitud de su genio, la agudeza de su espíritu.

Sus «Recuerdos de Provincia», con sus bellezas

literarias, nos revelan en tintes suaves y delicados la ternura del que, tal vez sin saberlo, ha sido entre nosotros el primer artista. Quizá sus sentimientos se hubieran desbordado en cadenciosos cantos y armoniosas estrofas, si la época de su juventud, cuando debió sentir los sublimes arrobamientos del corazón, las fantasías de su imaginación creadora, no hubiera sido también la época triste del caudillaje que le hizo esgrimir la pluma para combatir la tiranía.

Ojalá que la semilla arrojada por Sarmiento en el campo de las letras no sea como la depositada en roca estéril, sino como la que produce siempre fruto sazonado en robustas y doradas espigas.

¡Noble anciano! Héroe que desafiaste los huracanes más violentos de nuestra vida nacional, defendiendo con tus ramas á las víctimas del torbellino, has caído tronchado por el viento inclemente de la vejez, pero tu figura se destacará gallarda al través de los siglos y vivirá inmortal como las páginas de tu «Facundo».

DISCURSOS

PRONUNCIADOS

EN EL PARAGUAY

ANTES DE SER

EMBARCADOS LOS RESTOS PARA BUENOS AIRES



Sr. Ministro de Relaciones Exteriores

Señores :

Vengo con el alma conmovida á expresar el eco de dolor que todos los buenos corazones sienten ante la muerte uno de los prohombres más distinguidos de la República Argentina.

Si me fuera dado interpretar genuinamente los sentimientos de esta imponente manifestacion de duelo, yo diría, señores, que el triste suceso que lamentamos, será igualmente deplorado por todos los hombres de bien que por do quiera rinden culto á las virtudes cívicas de un eminente ciudadano.

El infatigable luchador en las lides pacíficas de la democracia, ya no existe.

La patria argentina ha perdido á uno de sus más preclaros hijos y la América á un noble apóstol de la libertad.

Se ha dicho muy bien que los desastres de una batalla pueden repararse fácilmente ; pero ¿cómo llenar el inmenso vacío que deja en las filas la pérdida de un grande hombre ?

Es que en la vida de los pueblos cada época se caracteriza por la aparicion de ciertas personalidades que cual meteoros brillantes alumbran sus destinos, imprimiendo á la direccion de los acontecimientos el sello extraordinario de su genio,

aun á través de las barreras y obstáculos que le opone el espíritu retardatario del oscurantismo.

Sarmiento pertenece á esa generacion de ilustres argentinos que retemplaron su espíritu en medio de las duras y amargas vicisitudes de la proscripcion.

Desde Chile emprende aquella heróica y patrióica propaganda contra la ominosa tiranía que deshonoraba á su patria; echa los primeros cimientos de la organizacion de las escuelas, y despues de operar con su pluma una revolucion literaria, preparando así el espíritu nuevo de la inteligente juventud chilena en la luminosa senda de las letras, dejando en pos de sí el recuerdo imperecedero grabado en el corazon de un pueblo agradecido, asiste á la memorable batalla que dió para siempre por tierra con el sanguinario tirano que oprimía su país por tan largos años.

Desde entónces comienza la árdua y difícil tarea de la organizacion política de aquella república hermana, en la que tomaran tan prominente parte Sarmiento, Mitre y tantos otros esclarecidos ciudadanos.

¿Cómo condensar en breves líneas ese período fecundo de la labor que ha traído por resultado el afianzamiento de la paz y las instituciones, el desarrollo portentoso de la prosperidad y engrandecimiento de la República Argentina?

Podeis estar satisfecho de vuestra obra, digno héroe del progreso y de la civilizacion. Si la espada es la almohada de los fuertes, ninguno ha luchado tan persistente y valientemente durante toda su vida por el triunfo de los principios democráticos que constituyen el dogma sagrado de los pueblos libres.

Hombres como Sarmiento honran á su patria y son gloria de la humanidad.

Ninguno como él ha perseverado tanto en la obra del bien, ni alimentado tan intensa y ardiente fé en el poder incontrastable de las instituciones libres.

Convencido íntimamente de que la educacion es la base más sólida para asegurar el gobierno del pueblo por el pueblo, convirtiendo á cada ciudadano en celoso guardian de las libertades públicas, propendió constantemente por la realizacion de tan sublime ideal, siguiendo las huellas trazadas por Rivadavia; y multiplicó las escuelas como único medio para crear y mantener esa fuerza moral capaz de combatir el atraso y la ignorancia y concluir con los últimos restos del caudillaje que que cimentaba su poder en las masas bárbaras é inconscientes de la sociedad. Más feliz que aquel gran patriota y prócer de la independenciam que murió en el destierro, amargado por el olvido y la ingratitud, ha recogido el fruto de la simiente del progreso que ha arrojado abundantemente por el espacio de medio siglo y baja á la tumba dejando á su patria grande, próspera y feliz. Las generaciones de la posteridad bendecirán estas dos figuras históricas que tanto han hecho en favor de la regeneracion moral é intelectual del pueblo argentino.

Ese noble afán por la difusion de la educacion popular; ese espíritu vigoroso manifestado en su brillante y fecundo pensamiento para exponer, comentar y defender los grandes principios de la constitucion republicana; ese coraje cívico que evidenció continuamente para combatir las preocupaciones y resabios del pasado, y la honestidad que fué el rasgo distintivo en su larga carrera política, constituirán el más bello timbre de su vida pública, inmortalizando su nombre á la par de los grandes fundadores de la república.

Un día llegaba á estas playas el venerable anciano, buscando el dulce reposo á sus rudas y penosas fatigas, y encontróse rodeado del cariño, del respeto y de las simpatías de todo un pueblo que no podía permanecer insensible ni indiferente en presencia del virtuoso ciudadano y eminente educacionista americano. Desde entónces formáronse íntimas vinculaciones de amistad entre él y los hombres de este país. El Paraguay honrábase con la visita de huésped tan distinguido, á quien le había dado una cordial bienvenida, ofreciéndole la más digna y sincera hospitalidad que correspondía en el caso.

Había pensado fundar su hogar en un lugar retirado y silencioso, buscando en la suavidad de nuestro hermoso clima y en el ambiente puro y perfumado de nuestras selvas primitivas, nuevo vigor á su salud decaída y fortaleza á su espíritu siempre activo y batallador, cuando empeñado en ese propósito, la muerte despiadada acaba de poner fin á su existencia.

Y ved ahora en torno de su féretro esta inmensa agrupacion popular conmovida profundamente por el sentimiento del dolor y la afliccion. Asistimos á la hora suprema de la despedida, del momento solemne y triste del último adios.

Van á reposar sus restos en el seno de su patria, reclamados con justicia por un pueblo magnánimo y generoso que sabe honrar la memoria de sus grandes hombres y que aceptará este homenaje sencillo pero grande del pueblo paraguayo, como una demostracion afectuosa de confraternidad americana y como elocuente tributo de admiracion hacia el ilustre muerto.

Sr. Joaquin L. Carreras
—

Señores:

La carne, la envoltura de aquel espíritu soberano que se llamó Sarmiento, está aquí próxima á dejar la tierra paraguaya y próxima también á confundirse con la madre tierra.

Este cadáver no pertenece á los paraguayos, y sin embargo, le colman de bendiciones, le tributan frases de cariño, de admiracion y de respeto; le tejen guirnaldas de flores y dejan que su corazon manifieste en cada latido el sentimiento noble y patriótico que Sarmiento les inspira.

¿Y porqué no les pertenece este cuerpo inanimado? ¿No les ha pertenecido acaso su espíritu? ¿No les han pertenecido sus pensamientos, sus aspiraciones, sus ideales, sus esperanzas y sus desencantos?

No hace mucho tiempo se le recibió aquí con festejos públicos, como se recibe á los grandes apóstoles de la civilizacion, y hace muy pocos meses que tomando de las manos de un niño de escuela la bandera paraguaya, derramó dulces lágrimas de ternura, pidiendo á la posteridad que cuando él muriese envolviera su cuerpo en la bandera de su patria, en el estandarte de Chile y en el pabellon que en aquel momento apretaba contra su pecho.

Sarmiento ha luchado con el Paraguay; ha sentido al unísono de los Paraguayos, y como ellos, ha deseado el engrandecimiento de este hermoso país, tierra prometida, paraíso de la América, y cuna del heroísmo y de la desgracia.

Ha pertenecido al Paraguay en cuerpo y alma;

pero hoy reclama su cuerpo aquella tierra que lo vió nacer, y los paraguayos, acallando sus sentimientos, le dan el último adiós y se consuelan pensando que aquí queda el alma de Sarmiento.

¡Y con cuánto cariño, con cuánta veneración, con cuánto respeto, no se hubieran guardado aquí sus queridos restos!.... Allá en su hermosa patria serán depositados con más pompa, con más brillo, con más magnificencia; pero no con más amor que en el Paraguay.

Cuando se supo su muerte, el gobierno, el pueblo, todos los habitantes de la Asunción, rodearon su lecho, le tributaron honores, le mandaron coronas de jazmines y siemprevivas, le hicieron guardias caballerescas, le estrecharon, en fin, entre sus brazos y proclamaron orgullosos su gloria y deploraron sollozantes su muerte.

Proclamaron su gloria porque el nombre de Sarmiento ha resonado en todos los ámbitos del mundo; porque ha derramado torrentes de luz, allí donde quiera que haya estado, y porque ha estrangulado el fanatismo religioso, y ha hecho pedazos el trono del despotismo, y ha reducido á escombros el templo de la ignorancia, y ha roto las cadenas de la tiranía que aplastaban á su patria, y ha esgrimido su espada por el bien, por la libertad, por la justicia, por la civilización, por Dios!.... No por ese Dios de las venganzas y de los castigos, sinó por ese Dios de la bondad y del perdón.

Han sollozado con su muerte, porque con Sarmiento muere una fuerza civilizadora, un motor de creaciones sublimes, una fábrica de ideas luminosas; algo así como una fábrica de estrellas.

Pero Sarmiento no ha muerto; vive en sus obras vive en su «Facundo», vive en el bien que ha hecho, vive en los ferro-carriles que cruzan las

pampas argentinas y que él mandó construir durante su gobierno; vive en las escuelas por él levantadas; vive en las juveniles inteligencias que en esas escuelas se educan; vive en las páginas de la historia; vive en el corazón de los americanos, y, sobre todo, vive en el corazón de todos los paraguayos y de todos los argentinos.

No hay más que decir:—Se va la materia, pero queda el espíritu; se va el cuerpo, se va el cráneo del que han brotado tantas ideas, pero quedan aquí las ideas.

Demos un adios, el último adios á esta envoltura, y recordemos que deben enorgullecerse siempre los chilenos, los paraguayos y los argentinos, de que us banderas respectivas sirvan de mortaja á una gloria americana.

Dr. Claudio Pinilla

ENCARGADO DE NEGOCIOS DE BOLIVIA
EN LA ASUNCION

Señores:

He aquí una de esas tumbas cuyo inmenso abismo solo se mide por la inmensidad del duelo que producen; una existencia de labor y de fatiga, apagada en la tarde de la vida y que parece, no obstante haberse hundido en el ocaso, arrebatándonos las esperanzas é ilusiones matinales: y es porque el genio, no envejeciendo nunca, no parece sinó que jamás colmara su misión sobre la tierra.

Era aquella hora de pavor y de duelo en que el enajenado esfuerzo de los hijos iba á arrancar la in-

dependencia secuestrada por la madre, eran los días en que las armas independientes se aprestaban á cruenta y obstinada lucha, cuando vino al mundo aquel á quien unánimemente hemos dado en llamar el más grande y porfiado luchador de la América, como si el destino hubiese querido templar su viril carácter desde aquella hora en que las madres oprimían sus hijos contra su seno, oyendo despa- voridas el estampido del cañon, y el vertiginoso galopar en la desierta pampa.

.....
 Pretender seguirle en su carrera múltiple de hombre público, es querer estudiar la marcha y desenvolvimiento de la sociabilidad americana al través de los tiempos y de los acontecimientos, pasando por el glorioso período de la emancipacion, para narrar en seguida las sombrías horas de la tiranía, los turbulentos dias de nuestra infancia democrática y por fin la serena etapa de la paz y del progreso.

A cada una de esas diversas situaciones corresponde una faz especial de la vida de Sarmiento;—proscrito y perseguido; caudillo y general; polemista y tribuno, se le encuentra siempre avanzando en las líneas del combate, tendida al viento su progresista enseña, y esgrimiendo el arma con potente brío.

Empero, ni hay tiempo ni es ocasion de acometer esa tarea que, poniendo de relieve la grandeza del patricio que lloramos, sólo conseguiria añadir una nota á este amargo duelo.

.....
 Con dificultad la tierra americana producirá una personalidad más laboriosa y artística que la de Sarmiento. Su larga vida, que le ha hecho descender al sepulcro coronado de años y de gloria ha sido una esforzada y continua lucha;—lucha contra el error por la verdad, contra la ignorancia en pró

del alfabeto, contra el atraso en bien del progreso, y contra la tiranía en favor de la libertad.

Con entera fé en el alma, y con grandiosa esperanza en el porvenir, innovador y revolucionario, ha podido escribir sobre los muros de su vivienda, lo que aquel otro anciano, orgullo de la Francia, sobre las paredes de su asilo en Jersey; *¡Fides spes labor!*

Sí, porque aquel hombre ha llegado, como Lamartine, á las alturas del poder por la sola virtud de su esfuerzo y de su genio, nos ha enseñado á sufrir con esperanza, á luchar con fé y á vencer por el trabajo, siendo esta, despues de una tarea constante y fructífera, acaso la primera hora de reposo de que disfruta.

Al devolver al amor y á la veneracion del gran pueblo argentino los restos mortales de su gran repúblico, vengo á cumplir la honrosa pero triste mision de tributar en nombre del cuerpo diplomático residente en el Paraguay el postrer adios con que sella esta final partida. Porque nosotros los que lejos de nuestro hogar hemos hallado hospitalario abrigo en esta heroica tierra, no podemos menos que asociarnos á esta grandiosa manifestacion de duelo tributada por un pueblo generoso á quien lejos de sus lares, halló aquí materno y cariñoso abrigo.

¡Cuán grande y cuán honrosa es, en efecto, para los pueblos americanos esta solidaridad de sentimientos y relaciones fraternales! ¡Bien lo dicen los justos honores con que se ha rodeado la tumba del prócer que despues de una vida de incansables creaciones, empleaba aun las últimas ya casi vagas vibraciones de su genio, en la investigacion y estudio de la verdad y la armonía!

¡Restos preciados del pensador ilustre, volved á reposar en la tierra en que habeis nacido! Y al ale-

jaros de estas playas para cruzar las ondas de ese grandioso río cuyo franco paso á las banderas del mundo ayudó á conquistar el genio que os animaba, recibid como ofrenda á la grandeza de vuestras obras, en el fresco aliento de las brisas, el aliento aun más fresco de la civilizacion liberal y progresista de la América.

Señores: El general Sarmiento ha muerto entre los arrullos de su genio artista y creador, delirando con el ideal y extasiándose ante la armonia de las razas. ¡Que su espiritu luminoso al desprenderse del frágil barro que lo encerrara, sea recibido en la vision y en el goce de la suprema armonía y de la verdad suprema!

Doblemos la frente ante esta urna que encierra sus despojos y sembramos de flores la tumba de quien tantas derramó en vida sobre nuestras almas.

INDICE

	Página
Acuerdo del Consejo Nacional de Educacion.....	3
Discursos.....	5
Señor Juan G. Gonzalez, Presidente de la Comision popular Paraguaya	7
Señor Vice-Presidente de la República Dr. Carlos Pellegrini—en nombre del Senado.....	8
Dr. Wenceslao Escalante, en nombre de la Cámara de Diputados.....	12
Dr. Benjamin Zorrilla, Presidente del Consejo Nacional de Educación.....	16
Señor Ministro del Interior Dr. Eduardo Wilde.....	31
Dr. Aristóbulo del Valle, por la Prensa Argentina.....	35
Dr. Secundino J. Navarro, por los Sanjuaninos	40
Señor Pablo Groussac, por la Sociedad Amigos de la Educación de Córdoba.....	47
Señor Agustin de Vedia, por los residentes Orientales ...	50
Señor Guillermo Matta, por los residentes chilenos.....	52
Señor Vicente R. de Oliveira, de la Nación Paraguaya... ..	55
Dr. Venancio Lopez, Presidente del Centro Paraguayo... ..	58
Señor Juan Silvano Godoy—Del Centro Paraguayo.....	60
Señor José María Torres, por los Colegios y Escuelas Normales.....	66
Señor Andrés Ferreyra, por los Maestros de la Capital... ..	68
Señor Manuel Cabral, por el Consejo de Educación de Corrientes.....	71
Señor Martin Posse, por la Escuela Normal de San Nicolás	76
Dr. Agustin P. Justo, por el pueblo Nicoleño.....	77

	Página
Dr. Isafas Gil.....	80
Dr. Osvaldo Magnasco, por el Centro Jurídico.....	85
Dr. J. B. Astigueta, por la Sociedad Geográfica Argentina	89
Teniente O. Betbeder, por el Centro Naval.....	92
Dr. Emilio Gouchon, por los Estudiantes de Derecho.....	98
Sargento Mayor José Sandalo Sosa, por los alumnos del Colegio Militar.....	102
Dr. José Sierra Carranza, por la Sociedad Amigos de la Educación Popular y por la Prensa de Montevideo...	106
Señor Pablo Lascano (hijo), por la Comisión Popular de la Plata.....	112
Señor Pablo Menchaca, Director de Taquígrafos del Con- greso Nacional.....	115
Señor Juan Ronco, por la Sociedad Cosmopolita de Protec- ción Mútua.....	118
Señor Agustín Marteletti, por la Sociedad Tipográfica Bo- naerense.....	122
Señor Arturo García Aparicio, por el Centro Estímulo Li- terario.....	123
Discursos pronunciados en el Paraguay antes de ser em- barcados los restos para Buenos Aires.....	127
Señor Ministro de Relaciones Exteriores.....	129
Señor Joaquín L. Carreras.....	133
Señor Claudio Pinilla, Encargado de Negocios de Bolivia en la Asunción.....	136
